REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I | BUENOS AIRES, OCTUBRE 7 DE 1933 | No. 9

★ El Centauro de los Desiertos ★

EL sertanero es, ante todo, un fuerte. No tiene el raquitismo exhaustivo de los mestizos neurasténicos del litoral. Su aspecto, sin embargo, al primer golpe de vista, revela lo contrario. Le falta la plástica impecable, la desenvoltura, la disposición armoniosa de las organizaciones atléticas.

Es deforme, desgonzado, torcido. Hércules-Cuasimodo, refleja en su aspecto la fealdad típica de los flojos. Su andar sin firmeza, sin aplomo, bamboleante, casi, y sinuoso, sugiere la traslación de miembros desarticulados. Le agrava su postura normalmente encorvada, en una expresión de displicencia que le comunica un carácter de humildad deprimente. Si anda a pie, cuando se detiene, se apoya invariablemente en el primer umbral o pared que encuentra; si a caballo, y sofrena el animal para cambiar dos palabras con un conocido, cae inmediatamente sobre uno de los estribos, descansando sobre una de las alas de la silla. Cuando camina, asimismo con paso apresurado, no traza una trayectoria rectilínea y firme: avanza rápidamente en un bambolear característico del que pareciera ser el trazo geométrico, las sinuosidades de las sendas del sertón. Y si en la marcha se detiene bruscamente, por el motivo más vulgar, para liar un cigarro, encender el yesquero o trabar una ligera charla con algún amigo, cae inmediatamente —cae es el término preciso— de cuclillas, sustentando largo tiempo una posición de equilibrio inestable, en la que todo su cuerpo descansa sobre los dedos grandes de los pies, sentándose sobre los talones, con una simplicidad a un mismo tiempo ridícula y encantadora.

★

Es el hombre permanentemente fatigado.

Refleja la pereza invencible, la atonía muscular perenne, en todo: en la palabra demorada, en el gesto contrahecho, en el andar desplomado, en la cadencia lánguida de las modinhas, es la tendencia constante a la inmovilidad y la quietud. Toda esta apariencia de cansancio engaña, sin embargo. Nada sorprende más que verla desaparecer de pronto. En aquella organización abatida se producen, de inmediato, transmutaciones completas. Hasta la aparición de cualquier incidente que le exija el desencadenamiento de sus energías adormecidas. El hombre se transfigura. Se endereza, alardeando nuevos relieves, nuevas líneas, en la estatura y en el gesto; y la cabeza se le afirma, erguida, sobre los hombros recios, iluminada por el mirar intrépido y agudo; y se le corrigen prestamente, como una descarga nerviosa instantánea, todos los efectos del relajamiento habitual de los órganos. Y de la figura vulgar del paisano desmañoso, repunta, inesperadamente, el aspecto dominador de un titán cobreño y pujante, en un desdoblamiento inesperado de fuerza y agilidad extraordinarias.

Este contraste se impone a la más leve observación. Revélase a cada instante, en todos los pormenores de la vida sertanera; caracterizado siempre por una intercadencia impresionante entre extremos impulsos y largas apatías.

Es imposible idear un jinete más negligente e inelegante. Sin posición, las piernas pegadas a la panza del montado, el busto proyectado hacia adelante y oscilando al compás del andar de los pequeños caballos del sertón, desherrados y maltrechos, resistentes y ligeros como pocos. En esta posición indolente, siguiendo con lentitud, a través de las chapadas, el tardo paso de los haciendas, el vaquero perezoso transforma casi el "campeón" que cabalga, en la hamaca enervadora en que pasa los dos tercios de su existencia.

★

Pero si una res alzada enfila, arisca, allá adelante, caatinga adentro, o si un extremo de la manada, a lo lejos, se desbanda, helo, de pronto, transformado, hundiendo los acicates de las espuelas en los ijares del montado, y partiendo como una flecha, desaparece en los dédalos inextricable de las malezas.

Le hemos visto en esta steeple-chase bárbara.

No hay cómo contenerle, entonces, en el arranque. Que se le presenten quebradas, acervos de piedras, ramajes secos, matas de espinos o barrancos de riachos... nada le impide perseguir al novillo chúcaro, porque "por donde pasa la res, pasa el vaquero con su caballo"...

Pegado al dorso de éste, confundiéndose con él, gracias a la presión de sus jarretes retesados, realiza la creación bizarra de un centauro. Emergiendo inopinadamente en las abras; hundiéndose más allá en las malezas altas; salvando vallas y esteros; trepando cuchillas empinadas; cortando veloz marañas punzadoras; precipitándose, a rienda suelta, en la extensión de los eriales...

Destácase, entonces, en toda su plenitud, su robusta complexión. Como que es un jinete aguerrido, comunica vigor al caballo pequeñito y frágil, ora conteniéndolo en las riendas de caragüatá, ora encabritándolo con las espuelas, ora lanzándolo en la carrera, estribando corto, las piernas encogidas, hincadas hacia adelante, el torso pegado al arzón, "estirado en el rastro" del novillo arisco; agachándose aquí agilísimo bajo una gajada que casi le roza la silla; allá, desmontando, de pronto, como un acróbata, asido a las crines del animal, para escapar al choque de un tronco advertido a último momento, y subiendo, luego, de un salto, a la montura; siempre al galope, a través de todos los obstáculos, sosteniendo en la diestra, sin perderla, sin dejarla en la maraña de los icipoces, la larga aguijada de punta de acero engastada en cuero, que por sí sola constituiría, en otras manos, serios obstáculos a la travesía...

Pero, terminada la refriega, restituída la res dominada al rebaño, helo de nuevo caído sobre el lomillo retobado, otra vez desgarbado indolente, oscilando al compás del andar de su cabalgadura lenta, con la apariencia triste de un inválido fatigado.

El gaucho del Sur, al encontrarlo en este instante, lo miraría por encima del hombro, conmiserado.

El vaquero del Norte es su antítesis. En la apostura, en el gesto, en la palabra, en la índole y en los hábitos, no hay cómo compararlos. El primero, hijo de los llanos interminables, amoldado a las carreras fáciles, a través de la pampa, y adaptado a una naturaleza acariciadora que lo encanta, tiene, en verdad, el aspecto más caballeresco y arrogante. La lucha por la vida no le presenta el carácter salvaje de los sertones del Norte. No conoce los horrores de la seca y los combates cruentos con la tierra árida y sitibunda. No le entristecen las escenas periódicas de la devastación y la miseria, el cuadro desolador de la absoluta pobreza del suelo calcinado, empobrecido por la causticidad de los soles bravíos del ecuador. No tiene, en medio de las horas tranquilas de la felicidad, la preocupación del futuro, que es siempre una amenaza, tornando a aquélla inestable y fugitiva. Despierta a la vida amando la naturaleza deslumbrante que lo reanima, y pasa por la vida, aventurero, jovial, facundo, valiente y fanfarrón, despreocupado, sabiéndole el trabajo como una diversión que le permite las carreras, domando distancias a través de los pastizales, llanos, llevado sobre los hombros, palpitando a los vientos, el poncho inseparable, a la manera de una flámula alegremente agitada.



Ilustración de A. Rechain

Sus prendas de vestir son un traje de fiesta frente a la vestimenta rústica del vaquero. Sus amplias bombachas, adredemente cortadas para la fácil movimentación sobre los baguales, en el galope tendido o en el corcovear rabioso, no se le destrozan entre los espinos dilaceradores de las caatingas. Su poncho vistoso jamás queda perdido, enredado en las ramas de los árboles nudosos. Y, rompiendo por las cuchillas, arrebatado en la marcha del redomón inquieto, calzando las amplias botas de cuero de potro, en las que tintinean las rosetas de las espuelas de plata; el pañuelo de seda encarado anudado al cuello; cubierto por el sombrero de enormes alas flexibles, y teniendo en el cinto, reluciendo, la pistola y la daga, es un victorioso jovial y fuerte. Su caballo, compañero de esta existencia en cierto modo romancesca, es casi un objeto de lujo. Demuéstralo el arreo complicado y teatral. El gaucho andrajoso, sobre un pingo bien aperado, está decente, correctísimo. Puede atravesar, sin vejamen, los poblados en fiesta.

★

El vaquero, mientras tanto, se crió en condiciones opuestas, en una intermitencia, raramente perturbada, de horas felices y horas crueles, de abundancia y de miserias, y teniendo sobre su cabeza, como una amenaza perenne, al sol, que en el revolver de las estaciones, arrastra períodos sucesivos de devastación y de desgracias.

Pasó su juventud en una intercadencia de catástrofes. Se hizo hombre, sin haber sido niño, casi. Salteó este período inmediatamente, intercalándole sinsabores en las horas alegres de la infancia, el espectro de las secas en el sertón. Demasiado temprano encaró la existencia por su lado tormentoso. Es un condenado a la vida. Comprendióse envuelto en un combate sin treguas, que le exigía imperiosamente la convergencia de todas sus energías. Se hizo fuerte, hábil, resignado y práctico. Aprestóse temprano para la lucha.

Su aspecto recuerda, vagamente, a primera vista, el del guerrero antiguo, exhausto de la refriega. Sus ropas son una armadura. Envuelto en el gibón de cuero curtido, de cabra o de vaqueta; ceñido en el chaleco también de cuero; calzando las pantorrileras, de cuero, curtido todavía muy justas, pegadas a las piernas y subiendo hasta las berijas, articuladas en rodilleras de suela y resguardados los pies y las manos por los guantes y guardapiés de cuero de ciervo, es como la forma tosca de un campeador medioeval extravagante en nuestro tiempo.

Esta armadura, sin embargo, de un rojo pardo, como si fuese de cobre flexible, no tiene destellos, no brilla al ser herida por el sol. Es obscura y polvorienta. Envuelve al combatiente de una batalla sin victorias...

La silla de su montado, hecha por él mismo, imita el recado riograndense; pero es más corta y arqueada, sin los pertrechos lujosos de aquél. Son sus accesorios un cojinillo de piel de cabra, un cuero resistente que cubre las ancas del animal, pectorales que le resguardan el pecho, y las rodilleras apresilladas en las junturas.

Este equipo del hombre y del caballo se entalla a la manera del medio. Vestidos de otro modo no romperían, incólumes, las caatingas y los pedregales cortantes.

Nada más monótono y feo, sin embargo, que esta vestimenta original de un solo color, el pardo rojizo, del cuero curtido, sin una variante, sin una lista siquiera diversamente colorida. Apenas, de tarde en tarde, en las ramas encamisadas, en que a los rasgueos de la guitarra el vaquero olvida las horas de fatiga, aparece una novedad: un chaleco vistoso de piel de gato montés o de yaguareté, con el pelo moteado vuelto hacia afuera, o una bromelia roja y alegre prendida en el sombrero de cuero.

Esto, sin embargo, es un incidente pasajero y raro. Extinguidas las horas de holgorio, el sertanero pierde el desgaire holgazán, ampliamente expandido en los zapateados, en que el rumor seco de las zapatillas sobre el piso, se quiebra en el tintineo de las espuelas y los sonajos de los panderos, siguiendo la cadencia de las violas que vibran en los rasgueos, y cae en posición habitual, embrutecido, desgarbado y anguloso, en una extraña manifestación de enervamiento y cansancio extraordinarios.

Y bien: nada más explicable que este permanente contraste entre extremas manifestaciones de fuerza y agilidad, y largos intervalos de apatía. Perfecta traducción moral de los agentes físicos de su tierra, el sertanero del Norte tuvo un arduo aprendizaje de reveses. Se habituó, demasiado temprano, a encontrarlos de golpe, y a resistirlos de improviso.

Cruza la vida por entre celadas, sorpresas repentinas de una naturaleza incomprensible, y no pierde un minuto en treguas. Es el batallador perennemente abatido y exhausto, perennemente audaz y fuerte, prevenido siempre para un encuentro en el que no vence y en el que no se deja vencer; pasando de la mayor quietud a la mayor agitación; de la hamaca perezosa y cómoda al duro recado que lo arrebata, como un rayo, por las picadas estrechas, en búsca de los rebaños. Refleja, en estas apariencias que se chocan, la misma naturaleza que le rodea, pasiva ante el juego de los elementos y pasando, sin transición sensible, de una estación a otra, de la mayor exhuberancia a la penuria de los páramos retostados, bajo el reverberar de los estíos abrasadores.

Es inconstante como ella. Es natural que lo sea. Vivir es adaptarse. Ella le plasmó a su imagen: bárbaro, impetuoso, abrupto...

El gaucho, el pialador valiente, es, ciertamente, inimitable en una carga guerrera; precipitándose, al vibrar estridente de los clarines, a través de la pampa, con la contera de la lanza en ristre, afirmada en el estribo, hundiéndose locamente en los entreveros, desapareciendo con un alarido triunfal en la vorágine del combate, donde relampaguea el brillo de las espadas, transformando su caballo en proyectil, y varando cuadros y arrollando al adversario bajo el ímpetu de las herraduras, o rodando rápido en la lucha, en la que entra con una soberbia despreocupación de la vida.

★

El jagunço es menos teatralmente heroico; es más tenaz, es más resistente, es más peligroso, es más fuerte, es más implacable.

Muy raras veces asume aquel aspecto romancesco y glorioso. Busca al adversario con el firme propósito de ultimarlo, sea como sea. Está habituado a los combates demorados, sin arrestos de entusiasmo. Su vida es una conquista arduamente amasada, en constante faena. La conserva como un capital precioso. No desperdicia la más ligera contracción muscular, la más leve vibración nerviosa sin la seguridad del resultado del pugilato. Al esgrimir la daga no da un golpe en falso; al apuntar el rifle largo o el pesado trabuco, "se duerme en la puntería"...

Si ineficaz la arremetida fulminante, el adversario afirmado, no bambolea, el gaucho, vencido o rechazado, es fragilísimo en las apreturas de una situación inferior o indecisa.

El jagunço no. Recula. Pero al recular es más temible aun. Es una endemoniada persecución solapada. Su adversario tiene, de ahí por delante, tomándole la puntería con el guión de la carabina, un odio inextinguible oculto en las sombras de las emboscadas.

POR

Euclides Da Cunha

(Traducción de B. de [illegible])

DESTINOS ABSURDOS ★ por Roberto A. Ortelli

ILUSTRACION DE SORAZABAL



ERAN las 20 horas de un día cualquiera cuando Aurelio Gori llegó a la plaza en cuyo centro se yergue la torre que ostenta el reloj monumental de la ciudad. Pasadizo obligado de una proporción considerable de la población flotante y refugio de inmigrantes desplazados, era un oasis, en ese momento, en el tumulto. Sentía que sus pies ya no le responderían para ningún esfuerzo, como corolario de una marcha que forjara a pura voluntad de sacrificio, sin necesidad alguna. ¡Necesidad! ¡Hacía ya tantos meses que no conocía una obligación fija! Es que la marcha, en esas condiciones, distrae la pena, dispersa el pensamiento. Nada más. Y las horas — ¡Cristo! — es necesario que pasen de alguna manera. Cuando se sentó en uno de los bancos, remató su largo divagar del día con una frase insensata:

—¡Vaya una porquería!

Luego, ausente de sí mismo, se dejó ganar por el ruido y el movimiento del tráfico intenso que hacía borde a la plazoleta y contemplaba sin meditar el apresuramiento de los peatones. La estación terminal de ferrocarril que estaba allí cerca, en el extremo inmediato de la ciudad, recibía por sus anchas portadas el tributo humano que devolvería por las mismas portadas algunas horas después. Nada había en él, en su plano consciente, en ese momento de su vida. Andrajoso y hambriento, su hambre y sus andrajos reposaban sin inquietarle. Vencido su cuerpo, agotado su espíritu, vacía sin otra sensación que la de una tristeza muy profunda, casi exteriorizada en lágrimas, pero que le producía una pasmosa felicidad. El cansancio desmayaba el pájaro vivaz de su pensamiento y dejaba el cerebro como un nido vacío. Sólo su corazón no conocía el descanso y hacía sentir el ritmo apresurado de sus palpitaciones. ¡El corazón! Su hermosa mentira hallaba purificación en el dolor y trocaba en alivio los más vanos consuelos. Era cierto, sin embargo, y dramático, su tremendo fracaso de hombre jóven.

—¡Porquería del diablo!

Y el movimiento de sus labios, su propia voz —ahora extraña, lejana y como proveniente de otro cuerpo— lo puso en rápido contacto con su conciencia y con la realidad dolorosa de su miseria. Le ardían los pies y le pesaba la cabeza; un dolor casi agradable se mantenía en sus espaldas y le hacía sentir las rodillas. ¡Era otra vez la soledad en medio de la multitud y el desamparo absurdo de un ser humano rebajado a menos que las bestias! Esa soledad irremediable que comunican los rostros extraños, las miradas indiferentes, la humillación de las piernas apresuradas que se multiplican ante una mirada absorta y herida. ¡Prisa de los que caminan hacia la muerte con la mentira albergada en su corazón! Y sin embargo, cualquiera de los que pasaban delante suyo vivía una verdad distinta de la de él, y seguramente dichosa. Pero todos estaban encerrados en esa verdad transitoria y no estaban dispuestos a compartirla con nadie. ¿No es posible, Señor, un poco de la fraternidad que hiciste predicar a tu Hijo y por la cual hubo de dar su sangre en un atardecer más rojo de vergüenza y de humillación que ninguno otro de la historia de los hombres? ¡No es posible, no es posible! Y él, de su dolor y de su miseria, sentía nacer y abrirse, como una rosa espléndida, el cariño, el amor hacia todos los hombres del mundo. Y perdonaba a los que permanecían indiferentes a su realidad miserable, sólo parecida a la de un trasto abandonado.

—¡Pero no es verdad, no es verdad! — se dijo a sí mismo sin advertir su propia voz. —Nos fué dicho que abandonáramos a los nuestros para seguirlo a El y El dijo a sus discípulos que lo negarían tres veces antes de que llegara el alba. La traición y la ruina...

Huía, en definitiva, con esta vaguedad religiosa que traía de su infancia, de su verdadero problema, de su angustia particular; situaba el caso fuera de sí mismo, lo universalizaba restándole y dándole responsabilidad divina. Resultaba así un espectador imaginario del drama íntimo cuya latencia era la razón verdadera de su pensamiento.

★

La noche se hacía más densa bajo las copas de los árboles. Pocos momentos más, y el tráfico declinaría su remolino de ruidos, de colores y de voces, como una reunión que se dispersa. Las columnas del alumbrado no vacilarían ya con el trepidar de la calzada producido por el tráfico pesado. Las luces, inmóviles y tranquilas, serían iguales a las de cualquier barrio, tendrían la misma tristeza soñolienta y resignada. Y por las calles solas volverían a tener suave acogida los que buscan la soledad como un regazo.

Aurelio Gori recuperaba toda su personalidad. A pesar de su sentimentalismo divagador, ahora su mente era un espejo en el que veía su propia imagen: alto, de anchas espaldas, rostro anguloso, mirada profunda, frente amplia y cabellera ondulada. En lo moral: voluntarioso, resignado, trabajador, sencillo y recatado. Una creencia arraigada y sincera en la justicia divina, lo apartó de toda maldad y lo llevó a aceptar el mundo como es, con su organización actual, con las luchas y los odios, como si Dios mismo en el principio de los tiempos lo hubiera dispuesto así. ¡Sus treinta años lo sorprendían en la quiebra absurda de su persona!

Cuando hubo de protestar por su destino, parodió a Job en sus imprecaciones pueriles. Y cuando la angustia le anudó la garganta ante lo irreparable, sólo se dijo que era mejor el día de la muerte que el día del nacimiento. Veinte años de ambular por talleres, por fábricas, por comercios y de someterse a todas las injusticias, no habían logrado perturbar su conformidad fundamental con las cosas terrenales. Pero ahora, en un instante, rápidamente, como si fuera una inspiración divina, le ocurría volverse contra los hombres para enrostrarles su insensatez y para culparlos de su miseria. Desde el fondo de su corazón siempre puro, ahora se levantaba el odio. ¡Dios no pudo hacer así el mundo y los hombres son culpables de esta espantosa injusticia!

Aurelio Gori evocaba su hogar: una casa pequeña, con un patio amplio cubierto por un peral entre cuyas hojas pasaba el sol, por las mañanas, y a cuya sombra, en las tardes de verano, reposaba el perro guardián, fiel amigo suyo. Todo eso, suma de pureza y de sacrificio, patrimonio alcanzado con esfuerzo heroico por dos voluntades nobles, había caído de pronto, no sabía por cual monstruoso designio. A la muerte de su padre siguió el remate de la casa hogareña, luego el desalojo y enseguida su marcha junto a la madre vencida prematuramente y en compañía del perro que ahondaba la tristeza de su mirada. Luego: fatiga, dolor, lágrimas, hambre... ¡Y mientras, junto a ese dolor santo, la corriente apresurada de los felices, la orgía escandalosa de los poderosos, el vértigo de las vanidades alabadas por los hombres y condenadas por Dios!

★

Una confusión de gritos lo arrancó bruscamente de sus pensamientos. Algo inusitado ocurría cerca. Los transeuntes miraban con obstinación hacia el lado del puerto y apuraban su paso en dirección apuesta. Los gritos avanzaban y se iban concretando como en una voz numerosa de protesta. En el silencio de la noche, se oía ya el desorden de los pasos en la calzada y subía la grita de tono diverso. Aurelio Gori, que se había incorporado, pudo distinguir el avance de un grupo de hombres y algunas mujeres, quienes iban precedidos por un abanderado. Avanzaban confusamente, se enredaban sus gritos y vacilaba la bandera en manos del abanderado. Pero había una actitud resuelta y un hermoso gesto de desafío en el montón.

Cuando el grupo pasó debajo de un foco del alumbrado, Aurelio Gori pudo distinguir, todavía lejos, a una mujer que levantaba su mano y la agitaba violentamente para dar mayor energía a la expresión airada de su rostro jóven. Los hombres enarbolaban los sombreros y las gorras y prorrumpían en gritos afilados y enérgicos.

Aurelio Gori sintióse poseído de profunda emoción. Aquella rebeldía podía ser igual a la suya, inspirada por los mismos sentimientos de protesta, nacida del mismo afán de justicia. Y aquellas mujeres que se lanzaban a la lucha, seguramente por el mendrugo de sus hijos, hacían más santa la causa y obligaban su solidaridad. ¡Era necesario gritar a la cara de los poderosos la demanda salvaje del hambre! Y fué al encuentro de los revoltosos, para incorporarse al grupo. No importa que los gritos se formulasen en un idioma extraño e incomprensible para él. ¡El hambre no tiene patria! Y unió su voz al grito múltiple y avanzó él también, confundido en el grupo cuyo destino desconocía.

Los gritos fueron hendiendo la noche y ahuyentando a los tímidos que corrían en todas direcciones. Aurelio Gori sentía como si su miseria y su hambre se redimieran con ese gesto. Sus años de esclavitud resignada asumían ahora la voz verdadera. Acaso estaba vengando también el destino absurdo de sus padres, pobres bestias de carga que murieran uncidas al yugo. Su mirada se oscureció.

Avanzaba empujado por sus camaradas ocasionales, agitando sus puños por encima de las cabezas, levantando sus gritos, buscando el peligro con obstinada actitud de desafío. Varias veces estuvo a punto de caer, enredado con otros, pero se recuperaba en seguida. Ya no pensaba sino en una lucha imaginaria en que iba al encuentro de la injusticia para humillarla. Era como si de pronto hubiera hallado su verdadero y único destino y se entregaba a él en una especie de ebriedad dolorosa y feliz. Su cuerpo renacía, encontraba fuerzas recónditas para sobreponerse al cansancio.

El confuso redoblar de los cascos de una caballería al dar con el pavimento de granito, anunció a los manifestantes que el momento decisivo estaba cerca. Como nunca hasta entonces el grito agudo y penetrante se levantó con aliento de fieras. Las voces de las mujeres ascendían cada vez más altivas y osadas. Frecuentes desprendimientos reducían el grupo de valientes. Las filas se iban raleando. Al frente, la bandera sufría vaivenes violentos y por instantes parecía que era abandonada por unas manos y tomada por otras. Los gritos se dispersaban y aparecían separados en el tiempo y en el espacio. El ruido de los cascos se oía cada vez más cercano. Las calles estaban desiertas. La bandera vacilaba aún más. Ya parecía que caía y era recogida del suelo por manos distintas.

Aurelio Gori se abrió paso en el grupo ya breve y apretado fué hacia la avanzada. Con los codos apartaba a sus camaradas. Se halló entre mujeres y unos pocos hombres. Pujó todavía y llegó al frente. En un momento, se encontró con la bandera en sus manos. Y redobló su entusiasmo y su vigor. Y se oscureció todavía su mirada infantil, ahora turbada por el ansia de luchar. Sentía resonar en sus oídos su propio grito insensato, cada vez más fuerte, cada vez más violento. Quería hallarse rápidamente con el peligro, quería enfrentar a la injusticia enseguida, porque temía que las fuerzas lo abandonaran. La bandera pesaba en sus manos y advertía que su cuerpo cedía al peso de ella, balanceándose y amenazando caer. Y al sentir más cerca el ruido de los cascos, apeló a sus últimas energías para seguir avanzando con la bandera enhiesta como un pendón de justicia y de intrepidez.

Y cuando por fin se encontró en el centro mismo del peligro buscado, advertido por la violencia de la caballería inminente, miró rápidamente a su alrededor para tomar su puesto de combate. Sólo alcanzó a ver que estaba sólo, absolutamente sólo, con una extraña bandera sostenida por sus manos, mientras avanzaban sobre él las cabalgaduras incontenibles cuyos cascos resonaban en el pavimento...

★ UNA VIDA OBSCURA ★

AMADEO A. COUREL

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

QUISIERA el autor de esta modesta historia que su protagonista ostentara un nombre que le permitiera presentarse airosamente ante el lector. Como héroe novelesco debiera llamarse por lo menos Jorge, Carlos o Raúl, seguido de un apellido con alguna prposición.

Pues bien, el héroe de esta historia se llama lisa y llanamente Manuel Rodríguez. Es un Rodríguez a secas, un Rodríguez casi brutal. Ni siquiera el atenuante de una inicial interpuesta entre el nombre y el patronímico.

Muy poco podrá esperarse de un ciudadano que se llame Rodríguez, se supondrá sin duda el lector. A lo sumo, podrá dar la impresión de un mostachudo y robusto mercader peninsular. Sin embargo, se propone el autor de estas líneas, reivindicar a un caído, a un héroe anónimo, tan anónimo que se llama Manuel Rodríguez. Es un Rodríguez sobre el que gravita la ramplonería de su apellido con el peso de los siglos. El ya lo sabe. Ya se convenció, con resignación cristiana, de que un Rodríguez precedido de un Manuel, no puede ni debe esperar nada a su paso por este valle de lágrimas.

Y no es porque Rodríguez no haya hecho lo indecible por sacudir el yugo de tal estigma. Muchas horas pasó escudriñando en su modesto y honrado árbol genealógico para pescar por ahí un decoroso Castaño, un Manzano o un Peral. Nada. Una cadena interminable de González, de Rodríguez, de López, de Gutiérrez y de Pérez que se perdía por la rama de su familia en los tiempos del virreynato.

Si siquiera hubiera podido Rodríguez adoptar una superposición de apellidos más asonantes, no sería él, seguramente, el que en aquellas fechas estuviera desempeñando un sórdido empleucho en una dependencia ministerial.

Se tuvo fe durante cierta época de su vida. Siendo mozo militó en las filas de un partido político, y una vez "largo un espiche" en el comité, conquistando el aplauso "de los muchachos".

—No es otario del todo este Rodríguez, — decían —. Si tuviera más cancha podría llegar a algo.

Pero Rodríguez no llegó a nada. De llamarse Rodríguez del Canal o de la Fuente, hasta podría haber llegado a diputado. Después, con la popularidad y la fama, sobrevendría el consabido diminutivo: Manucho, Maneco, Macoco. ¿Pero cómo se puede pretender un espaldarazo de calidad para un pobre y desheredado Manuel Rodríguez?

★

Ya hace muchos años que Rodríguez sepultó sus ilusiones en el pupitre de su escritorio en el ministerio. Sabe que su vida es gris, como el deshilachado terno de confección con que cubre su magra humanidad.

Sin embargo, Rodríguez también conoció el amor, que fué como un rocío misericordioso en la desierta sequedad de su destino. En una revista de barrio le dedicó unos versos a una chica, hija de un farmacéutico gotoso, tabacoso y linfático. La niña se enamoró de él por el puente espiritual de los versos. En aquella época todavía no hacían estragos los actores de cine y las niñas cifraban a veces sus aspiraciones e ideales en un Rodríguez cualquiera.

—¿Y con qué cuenta Vd. para mantener decorosamente a mi hija, señor Rodríguez?, le preguntó inquisitivamente el farmacéutico gotoso, mientras revolvía en el mortero la pasta de unas píldoras.

A Ridríguez le pareció que su futuro suegro recalcaba con implacable ensañamiento las tres sílabas de su apellido. Se encogió, abolló el sombrero y carraspeó tímidamente. Habló tartamudeando de "trabajo", de "honestidad", de "que la quería", etc., etc., y el boticario consintió en endosarle la joya. Se casaron.

Al tiempo el gotoso pasó a mejor vida, dejando como herencia de sus cuatro vástagos, una serie de embrollos alrededor de los cuales bailaban una danza endiablada los tarros de la botica.

★

Rodríguez comprende, con su fatalismo criollo, que no puede ni debe rebelarse contra el destino.

—Sos un pobre gato, le dicen a veces sus compañeros de trabajo. ¿Por qué no conseguís alguna cuña para ascender?

Rodríguez se encoge de hombros y sonríe con resignación cristiana. Sabe que todo es inútil. El no conoce a nadie. Nadie le lleva el apunte. Además, es un hombre de principios. En la escuela le enseñaron a respetar lo establecido y de este principio ha hecho una doctrina.

El nada pide, pues comprende que la justicia humana lo tiene en el lugar que le corresponde. Honrado por instinto y por educación, tiene el sentimiento del deber y espera resignado el advenimiento de la mejoría que indudablemente ha de tocarle en el reparto de las reivindicaciones humanas. Es, en suma, un Rodríguez de los pies a la cabeza. Es el Rodríguez ciudadano, el átomo inconsiderable de la vida multiforme, que sufre y lucha como tributario pasivo de los elegidos.

Rodríguez hace el trabajo de cuatro en la oficina. Cuando un compañero está enfermo o no viene por que ha estado de farra, él realiza gustoso la tarea del compañero, compensando así el desequilibrio en la labor.

Un día el jefe le dijo:

—Estoy por creer, señor Rodríguez, que Vd. fomenta la falta de dedicación de sus compañeros. Esto no puede seguir, téngalo presente.

Desde ese día Rodríguez se abstuvo de ayudar a sus compañeros. Esto le acarreó disgustos.

—Sos un mal amigo, un mal camarada, pero ya te acordarás...

Rodríguez suspira y calla. Torna a su labor con santa resignación, toma una hoja de papel de oficio, la ajusta en la máquina y teclea: "me es grato poner en conocimiento del Sr. Ministro", etc., etc.

★

Rodríguez siente adoración por la patria grande y generosa que nos sustenta. Hubiera hecho con el mayor gusto su servicio militar de no haberse tenido que acojer a la excepción en atención a su anciana madre.

Cuando Rodríguez se encuentra en la calle con un militar, se siente tan orgulloso de su patria, simbolizada en aquel hombre brillante y marcial, genuina encarnación de la grandeza y la fuerza nativa, que le dan ímpetus de prosternarse y besarle las manos. Durante las festividades patrias Rodríguez vive horas de intensa emoción espiritual. No pierde desfile, ni manifestación, ni acto alguno del programa popular. Regresa rendido a la casa y recuerda que su viejo sirvió con Don Bartolo en el Paraguay. Esto lo llega a compensar un poquito de la aplastante vulgaridad de su presente. En su familia hubo un Rodríguez héroe. Su padre fué sargento. Recuerda que tenía unas medallas y el costurón de un barbijo que le cruzaba la cara.

Los domingos suele ir con sus dos nenes, limpitos y peinados a la iglesia de El Salvador, donde hablan oradores sagrados que dicen hermosas cosas de Dios, de la patria y de la familia. Por la tarde se van todos a Palermo y Rodríguez les compra caramelos a los nenes y los entretiene paseándolos por el Rosedal, dejándolos que se diviertan espantando a los cisnes del lago.

Cuando Rodríguez va con su mujer por la calle, muchos hombres se detienen para mirarla. Y es por que Raquel es extraordinariamente hermosa, más hermosa aún que de soltera. Rodríguez lo sabe y sufre. Sufre porque supone que su mujer no lo quiere como antes, como cuando le dedicaba versos. Lo ve diariamente en su gesto avinagrado y en sus insistentes recriminaciones.

—No servís para nada, no hacés nada por ascender, por dignificarte. No tenés aspiraciones. Sos un Rodríguez cualquiera...

Rodríguez calla, sorbe su cafecito negro y va a su trabajo. Compra el diario y, a veces, un paquetito de caramelos. No fuma. Lo suple saboreando un caramelo y regresa con el resto del paquetito para su mujer y los nenes.

Rodríguez recuerda que su padre, no obstante haber sido un héroe de la guerra del Paraguay, murió en la miseria, dejándolo a él y a su buena madre a merced de una tía vieja y sórdida que tenía un reparto de carbón y leña. Allí compensaba con su trabajo la menguada pitanza.

Sin embargo, Rodríguez aprendió. Fué a la escuela y ya grandecito, un buen hombre, alma caritativa que había conocido al guerrero del Paraguay, movió influencias y lo hizo emplear de escribiente en el Ministerio de Agricultura.

Un día Rodríguez regresó un poco tarde a su casa. Había tenido que realizar el trabajo de dos compañeros que se hallaban en Mar del Plata en goce de licencia.

Llegaba extenuado. El calor era sofocante. Las gentes del barrio suburbano invadían las aceras ansiando la precaria gracia de un soplo de fresco que mitigase aquel ardor de horno que se sentía en el interior de las habitaciones. Los hombres, en camiseta, fumaban sentados en la vereda. Las mujeres hablaban a gritos. Algunas muchachas departían con los novios. Otras se paseaban en grupos bulliciosos tomadas del brazo. Los chicos jugaban al football en la calzada, interrumpiéndose de cuando en cuando para dar paso al tranvía.

Rodríguez llegó a su casa y no encontró a su mujer. Sin duda se hallaría con alguna vecina. Los nenes jugaban también al football y no advirtieron su llegada.

Sobre la mesita de pino de la cocina, sujeto bajo una azucarera, había un papel escrito con lápiz. Rodríguez lo leyó. Miró después un momento a la pared con aire atontado. Por el muro pululaban las moscas y este detalle le preocupó un tiempo. Luego tornó a leer y sintió una sensación de vértigo, como si se hallase en la cornisa de un rascacielo. Aquel papel decía lo que dicen casi todos los papeles que escriben las mujeres qu abandonan el hogar: "yo tengo derecho a vivir mi vida", "nuestra unión fué un error", "no quiero envejecerme en la miseria", "te ruego que me perdones y me olvides", etc., etc.

Rodríguez sintió que la lengua se le ponía como corcho. Se sentó, teniendo aún el papel en la mano. Permaneció un largo rato inmóvil, brutalizado. Después, muy despacio, fué rompiendo el papel en pedacitos que arrojó con aire distraído. Se levantó y tomando un jarro lo llenó en la canilla de la pileta y bebió todo el contenido, ávidamente, de un solo trago.

Salió a la vereda y llamó a los chicos. Eran dos hermosos rubiecitos de seis y ocho años, respectivamente. Los niños contaron lo que sabían. Mamá se había ido en un automóvil llevándose un atado de ropa. Lloraba y les prometió volver en seguidita. Los había besado y les dejó unas monedas para que compraran caramelos y se entretuvieran hasta que regresara papá. Eso era todo.

Rodríguez se mordió los labios y trató de contener los sollozos que lo ahogaban. Los nenes también pugnaban por llorar. Rodríguez los mandó al almacén en busca de algunas provisiones para la cena. Después de cenar Rodríguez los acostó recomendándoles que no se apurasen, que mamita volvería al día siguiente.

Regresó a la cocina, se sentó en la mesita y apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados. Lloró largamente, silenciosamente, con un sollozo manso como su naturaleza; un sollozo manso como una garúa triste y lenta de otoño...

—Señor Rodriguez, si sigue usted así tendré que tomar medidas, muy a pesar mío. Es usted descuidado en su trabajo, no produce usted como antes. Es necesario que reaccione.

Rodríguez callaba y trabajaba silenciosamente. Se proponía no caer en nuevas distracciones, pero su cerebro atormentado lo colocaba ante la realidad de su existencia.

Por las tardes, al regresar a su casa, compraba, como antes, unos caramelos para los niños y para obsequiar a la vecina que los cuidaba durante su ausencia. Los domingos, después de lavarlos y ponerles los trajecitos limpios, los llevaba a Palermo a ver los cisnes y a correr por el Rosedal. No iban más a la iglesia. Rodríguez empezaba a desconfiar de la bondad y de la justicia de Dios y no quería complicarse en divagaciones abstractas.

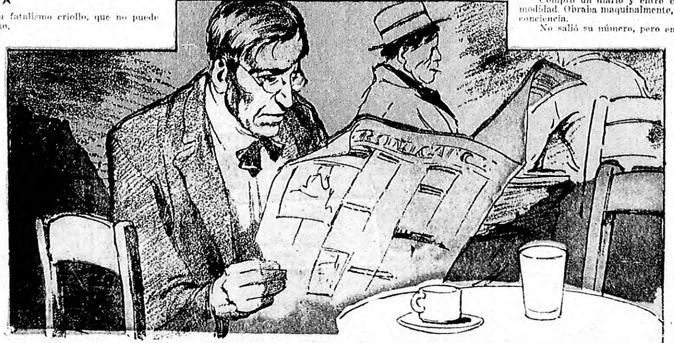
Al llegar un día a su trabajo en la forma puntual de sus quince años ininterrumpidos, el jefe lo notificó de una resolución de la superioridad. Plan de economías, el nuevo gobierno, el presupuesto, etc., etc. Y la cesantía.

Rodríguez no dijo nada. Terminó su labor del día y salió a la calle. Era ya en el otoño. Los días se acortaban y las noches venían precedidas de una humedad que embadurnaba las aceras y ponía un halo neblinoso en los focos del alumbrado.

Se quedó un momento como atontado en la esquina donde acostumbraba a tomar el tranvía y recordó que ese día había jugado a la quiniela, por segunda vez en su vida. Otra vez se permitió esa calaverada y ganó, dándole alborozado la noticia a su mujer, juntamente con un sombrerito nuevo.

Compró un diario y entró en un café para leer con más comodidad. Obraba maquinalmente, impulsado por la acción de la subconciencia.

No salió su número, pero en una de las páginas, en un recuadro con espesas letras, había algo que Rodríguez no comprendió bien, pero que lo hizo meditar mucho. Aquel artículo contenía una queja angustiosa, un llamado desesperado a la justicia que tantos errores tiene que reparar con los parias que sufren. El artículo, amarga destilación de un alma atormentada, hablaba de la tristeza del vivir sin esperanza, de las vidas humildes, el egoísmo social. Había disgresiones filosóficas que Rodríguez no comprendió bien, pero que asoció intuitivamente a su estado de ánimo y a su propia desventura. Lo invadió una inmensa lástima, una inmensa pena, una inmensa piedad de sí mismo.



Miró un largo rato hacia la avenida donde pululaba el hervidero humano con zumbido de gigantesca colmena. Luego, despacio, muy despacio, dejó el diario sobre el mármol de la mesa y apoyó la frente sobre la mano derecha, mientras la taza del café recogía piadosa una amarga lágrima.

El Perro que Peleó con un Alma

por PATRICIO LYNCH PUEYRREDON

★ *ILUSTRACIONES DE RECHAIN* ★

EL indio Penhenau, un pampa clinudo, pero con más mañas que cerda, aquerenciado en el pueblo donde vivía curando enfermos con palabras y hablando de fantasmas y mandingas, había sido apodado el Brujo, en razón de sus costumbres. Era viejazo y algunos pensaban que no iba a morir jamás. Sin embargo, había hecho tantas, que cualquiera se las cobraría todas juntas. Para asustar a las gentes, salía a la caída de la oración y se internaba en los campos, diciendo que iba a hablar con los muertos. Una vez no volvió. Al tiempo encontraron su osamenta en los pajonales de La Grandota. Entonces se habló de que lo habían acabado los cimarrones que abundaban en ese sitio. Y un poco por no hallarse con la perrada y otro poco por no toparse con el alma del finado, los paisanos ni orillaban los pajonales. Los miraban desde lejos, y si por casualidad los tomaba la noche en sus cercanías, el recuerdo del Brujo los obligaba a persignarse y a apurar el galope.

En las cocinas se comentaba siempre la muerte de Penhenau. Los hombres afirmaban haber visto el alma negra del indio y las mujeres se asomaban medrosas a espiar la aparición de la luz mala que encendía el difunto para advertir a los vivos que se hallaba penando por sus pecados. Y la moraleja iluminaba las sombras de las cocinas más que la mecha ardiente de los candiles.

—Habría que ponerle una cruz, pa que descanse. Al fin y al cabo ya sabemos el castigo de los que se ladean.

—Ajá.

—El cura dijo que nu era cristiano. Qu'eso no



le correspondía. Y debe sufrir nomás; pero, si alguno quisiera podría haserle el fabor...

—Sí... Pero ¿quién? Porqui-hay que dir de noche.

—Es lo mesmo — respondió Donato Cejas. — Cualquiera ba.

—¿Al pajonal? ¿Y a ponerli-una cruz?

—Ayí mesmo. Y anque sean dos, como pa que no le falte y tenga una pa deboción y otra pa rascarse.

—Mirá que dice qu'el Brujo, atropey'a los que si acercan, y pa enfrentarl'hay que ser guapo y medio.

—Yo que soy blandito m'estoy animando.

—¿Y si te atropeya como pa yebarte al otro lau?

—Pior pa eya. Por lo libiano que soy.

Los paisanos sonrieron. Hicieron bromas. Pero Donato miró de sosiayo hacia donde estaban las mujeres con los ojos llenos de admiración.

—Aguardenmé a senar, — dijo — y salió alzando el facón.

Montó a caballo y se perdió en la noche.

Veinte años. Buena vista. Mano rápida. Y corazón potro, zahareño y alegrón: ese era Donato.

Al entrar en los pajonales puso al tranco el caballo. Se agachó hacia uno y otro lado, queriendo en vano, distinguir algo en las sombras. Ni las orejas se le veían al flete.

—¡Ojalá hubier'una lus, güena o mala! — exclamó en voz alta.

Como si esas palabras hubieran provocado al genio atravesado de los pajonales, una racha de viento los agitó dolorosamente. Y un aullido prolongado y lastimero rompió el silencio de la noche. Pensando en que al fin iba a saber de qué color eran las ánimas por fuera y por dentro, Donato espoleó. Durante un rato sólo se oyó el ruido como de agua de las pajas que chocaban con el pecho y con las patas del caballo, y hasta castigaban sus piernas a la altura de la rodilla. De pronto el aullido se repitió más largo, más lastimero aún, y sobre todo, ahí nomás, cerquita. Sujetó el muchacho y echó pie a tierra, con la lonja del rebenque envuelta en la mano, diciendo:

—No yores así que yo te vi'á despenar, hermano.

Sólo el silencio del campo respondió, con su murmullo de pavoroso misterio que hasta a las bestias hace parar las orejas. Al fin se movieron las pajas apartadas por algo que avanzaba. Un gemidito inconfundible le hizo bajar el rebenque que había mantenido enarbolado, por las dudas. Un cachorro de cimarrón, quién sabe por qué impulso incomprensible, fué a restregársele en las botas. Lo agarró. Lo puso por delante y rumbeó para las casas. Mientras caminaba, tironeando las orejas del cachorro, le dijo:

—Desde hoy te yamarás Brujo, porque bos debés tener adentro l'alma'el indio Penhenau.



Las sombras

La hazaña, había causado asombro. No se habló más de la luz mala. Las mujeres, tal vez porque se trataba de un cachorrito lindo y sin tal vez porque era de Donato, regalonearon al animalito que se fué estirando mimoso y consentido, separado de los otros perros de la estancia, los cuales lo respetaban porque pronto les hizo conocer dientes y uñas. Se diferenciaba de los cimarrones en el color gateado de su piel. Este detalle era aprovechado por Donato para afirmar que era un perro completamente diferente de los de su raza, precisamente porque tenía el alma de Penhenau, y explicaba a su manera que se trataba de una reencarnación del indio.

Una particularidad lo hacía más raro aún. Era que cuando los demás perros no podían oír ni ver nada, a la distancia y entre las sombras, el Brujo, aunque se encontrara bajo el fogón, comenzaba a gruñir sordamente, hasta que salía al tranco, pesado y fuerte, parados los ásperos pelos del lomo y aguzada la ardiente mirada torva. Según fuera su gruñido, Donato sabía si se acercaban gentes o animales. De noche olfateaba, sentía más bien dicho, la proximidad de los pájaros nocturnos. Antes de que lechuzones y lechuzas, pasaran chillando sobre las casas, ya él estaba ladrando locamente, para ahuyentarlos.

De día, cuando los chimangos y caranchos volaban planeando, proyectando su sombra en el suelo, en vez de ladrar hacia arriba, lo hacía a las sombras mismas de los pájaros sobre las que saltaba tratando de apresarlas con la rápidas zarpas, tirándoles unos tarascones bárbaros que le llenaban de tierra las fauces chorreantes de una espesa baba de furia y de coraje.

Las personas que asistían a este espectáculo se asombraban y no sabían a qué atribuirlo. Hasta los mismos perros lo miraban extrañados sin explicarse aquella locura terrible y absurda. Sólo Donato sonreía maliciosamente y acariciaba al perrazo, llamándolo hermano.

La muchacha

Había caído al pago a la fuerza, decían, como a la cincha del Pata Mora, un gaucho matrero que vivía cuerpeándole a la autoridad. Los que la habían visto la mentaban hasta hacer agua la boca de los que escuchaban. Donato, que era un engolosinado por las mujeres, se largó hasta la ranchada en que la tenía el matrero, dispuesto a cantarle algunas coplas, y ¿por qué no decirlo?, a probar también si el que la guardaba, sabía cuidar la puerta. ¡Corazón bagual el suyo! Mientras templaba y pensaba en los encantos de la moza, se tocaba con el codo el mango del facón acompañado del cual iba a tener que cantar los últimos pies de aquel envite de amor que le subía a los labios.

Brujo, que no se le despegaba, le tironeó de una de las piernas de la bombacha y fué a acurrucarse bajo el alero, con el ojo fijo en una puerta que comenzó a abrirse sigilosamente y hacia la cual se abalanzó rugiendo, trenzándose con un hombre grande y fuerte como un toro, con el cual se revolcaron por el limpio del patio.

Donato ganó el rancho y salió con la prenda. La enancó. Silbó llamando al Brujo y cortó campo al galopito.

Una primavera y un verano habían pasado, cicatrizando los colmillazos del Brujo en el cuero ya muy señalado de Pata Mora; y enderezando el corazón de Donato hacia otros quereres. El hombre olvida fácilmente lo que ha ganado y hasta lo que ha perdido. Mas, cuando lo que ha perdido es una mujer por la cual se ha jugado y que otro más ladino se alzó con ella porque sí, por suertudo, el recuerdo queda como un tajo en la cara.

Pata Mora tomó dos o tres sangrías y preguntó como haciéndose el desinteresado:

—¿Y qu'es 'e la bida'e Donato Sejas?... ¿Siempre tan afortunado el mozo?

—Aura —le contestaron — anda rensiando a Florita, l'hija 'e don Sosa.

—Canta lindo y es guapo como las armas — comentó otro.

—Disen — agregó uno más — qu'es ligerazo pa'l cuchiyo.

Se pasó el gaucho malo la mano de la venganza por el tajo del recuerdo en una caricia lenta. Se echó otro vaso entre pecho y espalda. Al fin, contemplando el revólver que había sacado para cargarlo con balas nuevas:

—Nu'a'e ser más ligero qu'éste — dijo y lo metió en el cinto, saliendo en seguida del boliche.

Los que quedaron comentaron la alta estatura del gaucho que llevaba en la cara la marca de los guapos, en un barbijo a lo largo de una de las quijadas

—M'está paresiendo qui algo le ba'pasar a Donato

—No hay cuidau.

—¿Que no? El otro nu'es hombre de recular por un argollazo más o menos.

Conversaba el paisanito Cejas, junto a una de las ventanas del rancho de Sosa. Su silueta se recortaba nítidamente sobre la pared encalada. Pero él no hubiera podido distinguir nada a dos pasos de distancia porque los sauces y el cicutal lo tapaban todo. Pata Mora, de cerca, hacía puntería, a lo cobarde, porque no quería errar. Un gruñido cercano y una atropellada a lo león, ya conocidos por él, le apuraron al tiro. Y chingó.

—¡Dejalo! — gritó Donato, yendo al encuentro del que pensaba asesinarlo.

Y nada más. Nadie vió aquella pelea. Al día siguiente, se vió que el matrero había terminado en su ley, con la jeta contra el suelo.

La vuelta

Se había hecho caballo su corazón a fuerza de los galopes de los años. Después de una larga ausencia lo tironeó el pago y se dejó cabrestear por las nostalgias. De lo que había llevado al irse, sólo le quedaba el perro, y eso, todo remendado, todo tajeado a punta de colmillo por los perros que él había desparramado a montones por todas partes; pero con la vejez estaba más apegado y querendón con su dueño, al que lo unía el peligro constante y la lealtad de cada momento.

Llegó al boliche donde tantas veces había rayado el suelo con sus espuelas en esas de a pie de las cuales se hablaba todavía, y en donde había cantado tantas vidalitas al promediar una tranca.

—¿Sabés cuñau? — lo informó uno de los muchachos de su tiempo, ya medio aplastado y tordillo.— Hace mucho quí anda un alma en pena en el lugar.

—¿Ajá? No li-hase. Las ánimas no se comen a naides.

—Peru es qu'esta tiene una manía: perro que bé, perro que mata.

—Que no le dé por crusársele al Brujo, los pedacitos le ban a quedar...

—¡Diande! Las ánimas ni se ban ni se agarran.

—Si eyas pueden ver y agarrar no sé porqué no las ban a ber y agarrar los demás. Dejala que se ponga a tiro... ¿Y de quién es l'ánima, che?

—Del finau Pata Mora... ¿Ti acordás? Aquel que bos le arreglaste las cuentas. Tomaron dos copas en silencio. Donato preguntó:

— Y desís que le dá por matar los perros?

—Sí. Yeba muertos como sien...

Estaba sosegado. El patrón de La Grandota lo mandó a poblar El Rincón, un cuadro fiero y solo, como para él. A su cargo tenía una yeguada numerosa que era preciso atender, a lo criollo nomás. Marcar, cerdear, ir sacando potrillos para amansarlos y hacerlos de silla o de pecho. Aunque estaba sosegado, eso no quería decir que Donato hubiera perdido el hábito de sacudirse el polvo sobre los bastos, vuelta a vuelta.

Y pobló. Había que ver el rancho. Cuatro horcones. Paredes de barro. Techo de paja sacada de ahí nomás, de los pajonales donde había sido hallada la osamenta de Penhenau y en donde él, había encontrado, cachorrito, aquel perrazo ya viejo y en donde algunos contaban haber visto una clara luz azul, encendiéndose y apagándose con los aletazos del viento.

Trabajo de criollo, trabajo rudo y bravo que los gringos miraban con ojos tamaños. De cuando en cuando era necesario darse un descanso y llegar hasta el boliche para mandarse unos tragos. Regresando de él una noche, Donato vió que Brujo se detuvo en medio del callejón alumbrado de luna. Gruñía anunciando su cólera. En seguida sus rugidos y su acción le indicaron que peleaba con algo o con alguien que ojos de hombre no podían ver. De repente estaba con el lomo en tierra, hecho un ovillo para defender la panza, como tan pronto saltaba manoteando desesperadamente hacia algo que se le escapaba de entre las uñas y los dientes. Y sonaban los zarpazos en el aire con un ruido seco o retumbaban como si dieran en un tambor; las dentelladas tajaban el aire y se prendían del contrario, y lo sacudían con rabia como para romperlo todo, mas de pronto caía de nuevo, casi vencido, resollando dificultosamente como si un lazo invisible se le ciñera en el cogote amenazando ahogarlo.

—El que sea! ¡Peléе conmigo! —gritó Donato largándose al suelo con el facón en la mano, y yéndose al trote al sitio de la lucha, dispuesto a acabar con el enemigo invisible del Brujo.

Y buscó de punta y hacha el cuerpo inmaterial que le aporreaba el perro, el amigo, el compañero de andanzas y malandanzas. Y su acero brilló en rápidos e inútiles tajos y puntazos, donde calculaba que podía herir. Al cabo de un rato de fantástica pelea, desesperado de impotencia y de rabia, jadeante, alzó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Mi Dios! ¡Que muera así un perro tan guapo!

Y aquellas palabras fueron el conjuro. La endemoniada lucha había cesado. Brujo, caminaba hacia él con los fuertes músculos anudados en calambres.

—Tas viejo —dijo— y lo frotó con aguardiente que llevaba a los tientos.

Ya en el rancho meditó largamente, mientras acariciaba a Brujo llamándolo "hermano". Sin duda alguna se trataba del alma de Pata Mora que quería vengarse del perro que dos veces le había jugado una mala parada.

—Nu-importa, hermano... Dejala. Ya sé cómo ahuyentarla.

Tomaba aguardiente y hablaba entre dientes, hasta que se fué quedando dormido, murmurando:

—Nuémbrese a Dis... Nuémbrese a Dios...

Al clarear el día se incorporó en el recado que le servía de cama, y miró hacia afuera por debajo del cuero de yegua que tapaba la abertura que servía de puerta. Brujo estaba allí, tendido, duro, con la cabeza ladeada hacia arriba, enseñando los dientes en un último gesto de fiereza.

—Lu agarró solito —dijo el paisano y apretó los párpados en el dolor de la pérdida.

Loquero

A NADIE que no tuviera un espíritu bromista como el del amigo Loquero, podía ocurrírsele semejante idea. Muchas veces, Loquero, en su carácter de presidente de la cofradía "Los Atorrantes", había convocado a sus cofrades para tratar asuntos relacionados con los intereses de la cofradía. Pero aquellas reuniones, aunque Loquero las amenizaba contándoles pintorescos pasajes de su vida, resultaban siempre un poco aburridas. No podía menos de suceder así, dado el motivo práctico que las originaba. Pero la de aquella noche, no. Perseguía otro fin.

Tenía, pues, la reunión de aquella noche, por sus sanas intenciones, todos los caracteres de una disparatada juerga; tan disparatada resultó aquella fiesta, que parecía concebida y organizada por la imaginación de un poeta loco.

Y bien; he aquí las tarjetas de invitación que Loquero pasó a los miembros de la cofradía y a los principales habitantes de la Ciudad del Oro. Las dirigidas a sus cofrades rezaban así:

"Señor (aquí el nombre del cofrade): Esta noche tendrá lugar en nuestra mejor plaza, una fiesta sin precedentes en los anales de nuestra cofradía. Contamos, desde ya, con su asistencia. — LOQUERO, presidente."

Las pasadas a los habitantes de la ciudad decían así:

Señor (aquí el nombre del habitante): Invito a usted, en la seguridad que ha de divertirse, a la más extraña y alegre de las fiestas que hasta la fecha, haya celebrado nuestra cofradía. Tendrá lugar en nuestra mejor plaza. Persuadido de que ha de honrarnos con su presencia, b. a Vd. la m. — LOQUERO, presidente."

Esto de mencionar Loquero en sus tarjetas "nuestra mejor plaza", a nosotros nos ha sugerido la idea de que las plazas que hay en la Ciudad del Oro, pertenecen, o, por lo menos, las administra la cofradía "Los Atorrantes". Por otra parte, lo de "nuestra mejor plaza" debe referirse a la Mayor. Y esto casi nos lo asegura el hecho de que Loquero contaba con numerosa concurrencia.

★

Grande fué la alegría que los miembros de la cofradía sintieron al recibir la tarjeta; pero aún fué mayor el interés y la curiosidad que en ellos despertaba dicha fiesta porque les ofrecía el seductor manjar de lo desconocido.

Durante todo el día, y cada vez con más entusiasmo, estuvieron leyendo y repitiendo el contenido de las tarjetas. La noticia fué para ellos como si el sol de la felicidad se hubiera metido en sus pechos y brillando en el oriente de sus almas, se asomara a la esfera de sus rostros en luminosos y risueños rayos. Y así, alegres e impacientes, esperaron los cofrades la anhelada hora de la fiesta.

Un efecto distinto produjeron las tarjetas en los habitantes de la Ciudad del Oro. En algunos, los menos, el efecto fué tal que montaron en cólera y se descompusieron. ¡Cómo qué! ¡Atreverse a tomarles el pelo! Y acto seguido funcionaron los teléfonos para pedir a las autoridades de la ciudad castigasen la insolencia y el atrevimiento de Loquero. A los otros, los más, el efecto les llegó a sus almas por distinto camino. "Esto — se dijeron — es obra de un loco". Y s o nrieron conmiserativamente. No habrá necesidad de añadir que ningún habitante de la ciudad acudió a la fiesta de la cofradía "Los Atorrantes".

★

El amigo Loquero, para celebrar tan extraña fiesta, hizo levantar en la plaza a que él hace referencia en sus tarjetas, un tablado a especie de los que se levantaban en España en los tiempos en que se ejercía la Santa Inquisición, y que servían para mandar al otro mundo, donde la vida les sería más agradable, a los herejes, a las brujas, a los hechiceros y, en fin, a todos los que tuviesen pacto con el señor Satanás. Sólo que el tablado del señor Loquero no iba a ser ocupado por ministros y representantes de Nuestro Señor Jesucristo y de Astrea, diosa de la Justicia, sino por una endiablada murga que Loquero había sacado del País de los Orates.

Y aunque el día (según la expresión de los miembros de la cofradía) había andado con pies de plomo, por fin llegó la anhelada hora de la fiesta. Y así, después de haberse hecho cada uno su "tualé" con refinado atildamiento frente a los mágicos espejos de las fuentes públicas, los miembros de la cofradía se dirigieron a la plaza.

Aquella noche, los umbrales de las puertas, los tubos de las cloacas, los atrios de las iglesias, los vagones "en descanso" de los ferrocarriles y otros lugares no menos pintorescos de la Ciudad del Oro, lloraron desconsoladamente la ausencia de sus inquilinos pintorescos.

★

Y bien; había que ver en el tablado al incomparable Loquero embutido en un traje indescriptible, poetizado por los rayos de una luna verde y glacial, ante el auditorio de sus cofrades, pronunciando una irónica filípica contra el inexplicable proceder de los habitantes de la ciudad. Aquello — como decía Loquero — no tenía precedentes. ¿Se merecía la cofradía aquel desaire? Y el ilustre Loquero iba sintiendo que la bilis, en amargas ondas, afluía a su garganta, cuando alguien le aconsejó que cambiara el asunto. No era cosa de amargar la fiesta por la circunstancia de que los distinguidos ciudadanos no hubieran acudido.

El consejo fué saludable para nuestro Loquero y para todos, porque se tranquilizó y terminó en seguida, viendo que sus cofrades se impacientaban ante la perspectiva de la murga.

★

Tratar de describir las pintorescas indumentarias de los murguistas, es una empresa harto difícil. Haz, pues, lector, en tu fantasía, las más disparatadas y diabólicas concepciones, como si fueras un caricaturista regocijante o un sastre con ribetes de poeta, y quizá en alguna de ellas puedas hallar analogía con las luciferinas indumentarias.

Y al llegar aquí noto que la impaciencia de los cofrades de Loquero está llegando al máximum. Encarguemos, pues, a los murguistas la labor de calmar sus impaciencias. Pero veo que el director de la murga ya empuña la batuta: y los demás, unos se aprestan con descomunales coberteras; otros empuñan las mazas de ciclópeos bombos; aquéllos enchufan sus bocas en las de sus trombones gigantescos, y, a una indicación súbita del señor director, unos hinchando grotescamente sus carrillos; otros haciendo guiños y mímica como unos truhanes, y los de más allá agitando como unos autómatas las mazas de los bombos, dieron a los cuatro vientos, en la serenidad de la noche, la más desacordada y descompuesta locura musical...

Y, sin embargo, aquellas espantables instrumentaciones; aquel tumulto infernal de ruidos, en suma, aquella horrible lata musical, causaba tal hilaridad en los miembros de la cofradía, que, los unos, llorosos: los otros, apretándose la barriga con las manos, tenían que apoyarse los unos en los otros para poder mantenerse en pie. Tal era la risa, que los desarticulaba.

Pero no pasó mucho tiempo para que los cofrades de Loquero no necesitasen apoyarse los unos en los otros: el "contra-desarticulador" fué eficacísimo. La autoridad de la Ciudad del Oro cayó en la fiesta como una bomba.

El efecto que produjo su presencia en el presidente de la cofradía es indescriptible. ¡Le faltó muy poco para desmayarse!

Los representantes de la autoridad, cuando se enteraron de que el organizador de aquel escándalo era Loquero, tomaron la cosa a broma y sonrieron. Pero como era necesario obrar, para que Loquero purgase su osadía, con cierta conmiseración lo llevaron a la cárcel.

Sólo a un bromista anarquizante — decían los representantes de la autoridad — pudo ocurrírsele una fiesta de esta naturaleza.

Y así, de una manera tan incongruente, terminó la escandalosa juerga.

Los murguiantes, sin lograr salir del asombro que les causaba la interrupción de la jarana, determinaron esperar a que el desdichado Loquero saliera de la cárcel para pasarlo la cuenta.

★

PEDRO HERREROS

ILUSTRACIONES DE GUIDA

★ EL LLAMADO ★



UNA ancha franja de luz atravesaba diagonalmente la sala, desde la alta ventana hasta el piso, sobre cuyos limpios mosaicos dispersábase la claridad intrusa con la insolencia de un conquistador. El tiempo debía de ser radioso allá fuera, como lo es siempre en esos finales de invierno que suelen lograr tibios y dorados anticipos de primavera. Adivinábase del lado exterior de los vidrios el latido vital de una vibrante atmósfera, océano de aire que bañaría las cosas en las honduras de sus soleados abismos trasparentes.

Marchando suavemente, con ese andar que parece un deslizamiento, la Hermana de Caridad acercóse a una de las dos camas que agotaban la capacidad de la pieza. Al pasar, arrojó una rápida ojeada al gráfico sujeto a los pies del lecho, en los barrotes de hierro del respaldar; con mano ligera aliñó en seguida el desordenado embozo de la sábana, escuchó un instante la respiración corta y acelerada del enfermo y se alejó de nuevo a paso cauto, empleando esa diestra dulzura de movimientos que parece privativa de las enfermeras. Lombardi la siguió con la mirada mortecina e indiferente de los hospitalizados, en cuyas pupilas parece arremansarse la melancolía tediosa de las interminables horas de vigilia solitaria.

Había cerrado los ojos cuando se aproximó la hermana para sustraerse a las convencionales palabras de aliento, que su piedad ya rutinaria vertía indistintamente sobre los convalecientes y los moribundos. Lo irritaban los consuelos después de dos meses largos de cama que habían disipado en su espíritu hasta la más ligera esperanza de curación. Durante aquel tiempo había visto sucederse cuatro personas en el lecho colocado paralelamente al suyo, contra la pared lateral; y sólo una de ellas pudo despedirse de él, dado de alta por fin, alejándose a convalecer en su casa, lejos del ambiente tétrico del hospital. A los otros los habían sacado de noche, mientras él dormía, y no ignoraba Lombardi la significación lúgubre de esas cautelosas traslaciones nocturnas. Ahora, la cama contigua estaba desocupada otra vez.

—No duraría mucho tiempo así —pensó— sintiendo un sutil estremecimiento de terror ante la idea de que antes de que otro viniera, la suya, quizás, habría quedado también vacante.

Su mirada, pesada y lenta, se paseó ahora por las paredes desoladoramente blancas y el piso oliente a liquidos desinfectantes, a esos mismos olores de formol y éter que saturaban también el aire, mezclados siempre con las emanaciones de carne macerada y dolorida que flotan en el interior de todos los hospitales. Después, miró la cascada luminosa que descendía rectamente, como la bisectriz de un triángulo, pasando sobre su cabeza a modo de un leve puente derrumbado en uno de sus extremos.

—Lindo día — se dijo mentalmente Lombardi. Lindo día, al cabo de tantas semanas en que la gris claridad de las jornadas lluviosas filtraba su tristeza desde el arbolado patio exterior o se arrastraba por los fríos pasillos del edificio.

Cansadamente, hizo un cálculo.

—El había entrado... justo, hacía sesenta y ocho días, al principiar el invierno. La primavera debía estar cercana, entonces.

Allá, en el fondo de su cerebro, repitió lentamente la palabra, silabeándola con pausa, sorprendido por la extraña profundidad que se le revelara en su sentido: pri-ma-ve-ra...

★

Curioso, lo que le pasaba. Nunca ese vocablo le había dicho nada; y ahora hablaba a su imaginación, con poderosa fuerza evocativa, de vida potente, natural, coloreada y fresca. aL pareció sentir alrededor un ascenso tumultuoso de savias que se precipitaran en un mundo de formas plásticas y sonoras, oreado por largas ráfagas impregnadas de tónicos sabores salinos.

Deseó oirla de nuevo y la murmuró quedamente, en voz tan baja, que pasó como un suspiro por los ojos pálidos y resecos: primavera... primavera...

Bien abiertos los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas de un rostro demacrado por la consunción, Lombardi contemplaba el tablón luminoso; y por él, su imaginación evadíase de la sala, escapaba del hospital, ardiente como un potro fugitivo, galopando por los anchos espacios que el sol doraba, muy lejos de aquella casa sombría, muy lejos de la ciudad vibrante de ansiedades y dolores, por los campos dilatados en donde había corrido su infancia y madurado su mocedad.

Se sofocaba. Abrió la boca en una profunda inspiración que fatigó hasta el dolor sus averiados pulmones. Quién pudiera volver a respirar aquel aire rico y oloroso como un vino, cargado de silvestres saturaciones, que a estas horas asentaríanse blandamente sobre los temblorosos linares y los interminables maizales de Santa Fe!

Nervioso, cambió de posición; sentíase tan ligero como si los enflaquecidos miembros, inflados de éter imponderable, lo elevaran insensiblemente en el espacio.

Como una obsesión, insistía el recuerdo de la tierra nativa. Por allá, los rastrojos estarían trasformándose en praderas cubiertas de finos pastos color verde claro, por donde cantarían las perdices coloradas bajo el solazo de mediodía. Aunque, recordando bien, no era el tiempo. No, no era el tiempo todavía.

El, Lombardi, tenía que saberlo bien, porque vivió en el campo hasta que fuera mozo. Pero el recuerdo de las cosas y de los hechos desvanecíasele en la debilitada memoria, como imágenes fluídas, de sustancia inconsistente y contornos imprecisos.

Fragmentariamente, como aisladas viñetas de un trunco pasado, acudían ciertos recuerdos. Reconocíase en aquel recio mocetón que marchaba detrás del arado, alentando con enérgicas voces, dilatadas sonoramente por el espacio, a la pareja de grandes caballos que cabeceaban lanzando nubes de humo blanquecino por los abiertos ollares. El rocío escarchado entre las hierbas crujía bajo sus pasos y en la tierra ablandada por lloviznas recientes hundíase sin esfuerzo la reja reluciente y filosa, abriendo ancho surco que dejaba escapar el hálito cálido y acre de sus entrañas. Las aves revoloteaban en bandada alrededor de su cabeza, abatiéndose con avidez sobre las amelgas de tierra negra y sustanciosa, para levantarse luego chillando en la disputa de los insectos recogidos entre los terrones.

A la distancia, en las casas, alguien hacía señas con los brazos. Advertíase el llamado saliendo de su boca, pero el grito llegaba mucho más tarde, como un trozo de sonido flotante en el aire que se asentara por fin, fatigado, a sus mismos pies. El aire matinal, todavía frío p urente, le friccionaba el rostro con la aspereza de un puñado de mostaza...

★

Incorporóse trabajosamente en la cama, reclinando la descarnada espalda contra las almohadas. Lo asaltaba una desesperada y orgánica urgencia de sentir otra vez contra la cara la ruda comezón del viento mañanero que hace retozar alegremente sus ráfagas sobre los campos. Llevóse una mano hasta el rostro y palpó la pálida piel bajo la sombra sucia de las barbas aborrascadas. ¡Oh! Si pudiera sentir una vez más, sólo una vez más la fresca caricia del viento libre sobre su mísera carne enferma!

—¿Y por qué no?, después de todo — arguyó en su interior una reanimada esperanza. También podría curarse, como tantos, y volver entre su gente, perdida ya de vista en sus andanzas, para trabajar de nuevo como antes, bajo el sol y en pleno contacto con la naturaleza. Porque, eso sí — prometíase en febril soliloquio — si escapaba de esa despediríase para siempre de Buenos Aires. Realmente, asombrábale ahora la fascinación que lo atrajo irresistiblemente hasta la gran ciudad. Le parecían tan pobres, tan despreciables, aquellas aspiraciones que lo fueron alejando de lo suyo, de la tierra campesina, para incorporarlo a la falange desesperada de los que se debaten en el ambiente inhóspito de la urbe populosa y egoísta. La verdad, él habría soñado con muchas cosas y acariciado múltiples ilusiones. ¿Para qué?

La claridad disminuía insensiblemente y leve penumbra iba atenuando la agresividad de aquella blancura aséptica que lo rodeaba. Pero afuera el sol aun estaría alto y la tarde iría cobrando esa serenidad que anuncia la silenciosa aproximación del crepúsculo. A lo sumo, debajo de los árboles, la sombra haríase más fresca y en las ramas empezaría a bullir la impaciencia de los pájaros que se aprestan para la velada nocturna.

★

Siempre le habían gustado los árboles — pensaba ahora Lombardi. No era hombre culto pero sentía hondamente la sugestión del paisaje arbolado; cuya serena belleza esparcía sobre su sensibilidad como una callada afluencia de sutiles emociones. Cuando muchacho placíale tenderse bajo la umbría del ramaje frondoso, fijos los ojos en la clara bóveda del firmamento, escuchando esos rumores misteriosos con que la vida se manifiesta en el cuerpo armonioso del árbol.

Al fondo de la chacra paterna, en los linderos del cuadro de pastoreo, había una isleta compacta de talas y chañares. En el centro, como un jefe entre sus tropas, erguía un jacarandá foráneo su arrogante silueta cuajada de corolas azules. Era un refugio escondido y sombrío sobre cuyo suelo herboso el sol, filtrado por el follaje, estampaba innumerables arabescos de luz. De vez en cuando, como leves burbujas de bruma, la sombra fugitiva de un pájaro proyectábase desde la altura. A lo lejos, bordeando el alambrado, una fila de álamos piramidales empinaba sus temblorosas agujas.

Tumbado en los pastos, masticando un jugoso cogollo, él dejaba correr las horas, soñando en cosas extravagantes, lánguido el cuerpo y adormecidos los sentidos bajo la presión tibia y fragante de la atmósfera. Arriba, los árboles crujían suavemente o dejaban resbalar entre sus hojas un lento susurro confidencial. Las junturas de las grandes ramas chasqueaban como las maderas de un barco filando sobre las aguas. Era un ruidito seco y corto como un lenguaje monosilábico: ¡chqt! ¡chqt! Habla de hombre, cortada y perentoria. La réplica del follaje descendía como un sedoso deslizamiento del aire a través de finas láminas y vibrantes peciolos: ¡flsss! ¡flsss!... A veces, alargábase en una suspirada emisión, recatada e insinuante, como un llamado de mujer ¡flflzzzz! ¡flflzzzz!

Seguramente, allá fuera, en los árboles del patio, también dialogaban quedamente los gruesos tallos y las vibrátiles ramas hojosas. Los unos, revestidos de rugosas cortezas, articularían su varonil ¡chqt! ¡chqt!... Las otras modulaban la indecisa respuesta en el tímido cuchicheo de su aérea fronda: ¡flss! ¡flss!...

★

Interrumpió de golpe sus imaginerías. Decididamente, debía haberle subido la fiebre. Sentía pesar sobre él un ambiente caliginoso y ardiente. Al mismo tiempo, experimentaba la sensación de que sus carnes, la enflaquecida piel que le cubría los huesos, estaba hinchada y densa como una tumefacción. En la sala iba anocheciendo gradualmente; y la franja de claridad era sólo un resplandor dorado que se dispersaba desde los vidrios.

Dejóse caer sobre la cama, ansioso de una frescura que le negaban también las ropas calientes y húmedas por los trasudores de la fiebre.

Entre tanto — pensó otra vez — el aire tibio correría por sobre los campos enverdecidos y la tierra vestiría su fertilidad en las mil formas vegetales de la vida. Correría el agua clara y elástica por los arroyos lejanos, el sol poniente prendería rojizas luces en los flancos de los cerros y la caída de la tarde iría embozando en silenciosa sombra las copas solemnes de la arboleda.

Urgente y desesperado, retornó de nuevo el anhelo. Ver una vez más, oler una vez más, hundirse una vez más en aquella naturaleza silvestre de sus días infantiles! Era seguro que se moría; pero no quería morirse sin sentir otra vez, la última, sus manos y su cara, todo el cuerpo desnudo, frotados por la fronda suave y fresca de un ramaje; sin llenarse los pulmones con las profundas respiraciones del monte virgen, sin sentir en la cabeza la húmeda caricia del relente nocturno sobre las tierras labradas. Si pudiera verse libre de aquel eterno y repugnante olor a formol y éter que se le adhería a las paredes internas de la boca y las narices, saturando su carne con pregustos de muerte...

★

Nuevamente apareció la hermana y se acercó en silencio a la cama. Algo raro debió advertir en el enfermo porque volvió a salir con prisa, no tardando en regresar acompañada del interno de guardia. Hundido en ese sopor siniestro que el crepúsculo deja caer sobre los moribundos, atisbándolos como a cosa desconocida y extraña, Lombardi los escuchó cambiar algunas palabras en voz baja. Ante las instancias de la hermana el practicante se encogió de hombros, retirándose en seguida a grandes pasos, con la expresión de quien deja tras de sí una solución definitiva.

¿Entraba la bruma vespertina por la ventana o era que la tiniebla de la muerte empezaba a condensarse frente a sus ojos? No lo sabía Lombardi; ni le interesaba. ¿Se moría? Bueno. Allá en lo profundo de su conciencia insinuábase la vaga noción de que alguien íbase extinguiendo. De todos modos, la cosa era igual.

Todo el resto de su vitalidad exhausta parecía concentrarse, como la energía de una mano desesperada en el objeto que empuña, en el anhelante pensamiento: ver un árbol... un árbol.

A su lado la monja pasaba las cuentas del rosario mientras su boca repetía las palabras rituales de la plegaria. Era una mujer vieja y pálida que había rezado junto a la cama de innumerables agonizantes.

Con los ojos bien abiertos, Lombardi miraba delante de sí. Su vista se extendía más allá de la hermana, franqueaba los muros de la habitación, abarcando dilatados espacios por donde corrían espumosos regatos entre frondosas masas vegetales calentadas por la dorada claridad solar.

—Un árbol... Un árbol...

La hermana notó el movimiento de los labios y los humedeció con un trozo de algodón empapado en agua. Los labios seguían murmurando algo inaudible. Ella creyó necesaria una palabra de consuelo. Tenía experiencia de esas cosas y no creía llegado el momento supremo todavía: —Valor, hijito; ¿necesita algo?

El hombre dejó caer los párpados en leve signo afirmativo.

—¿Necesita algo?

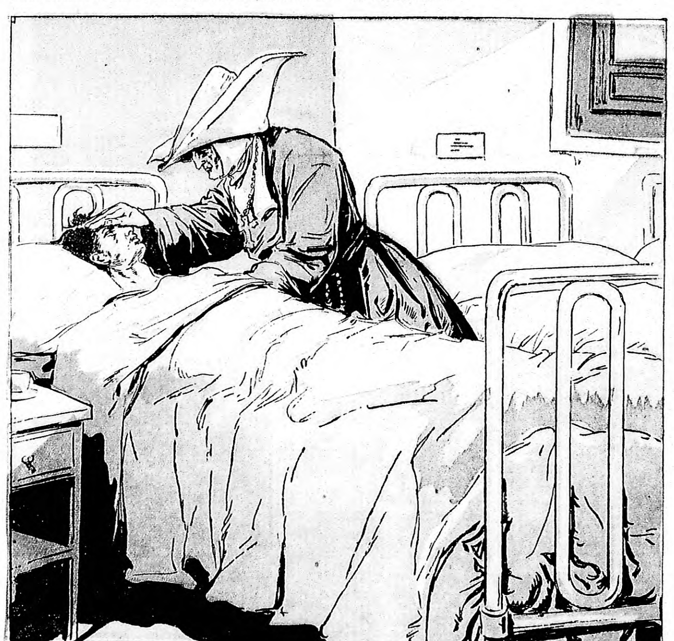
Y encorvándose sobre la cama, la monja pegó su oído a la boca del enfermo; la gran cruz de cobre del rosario reposó por un instante sobre el pecho de Lombardi. Hizo éste un esfuerzo y musitó, en una espiración apenas perceptible:

—Un árbol... un árbol...

La hermana se incorporó, perpleja. El delirio de la fiebre, sin duda. Con todo, era raro.

Y lo miró otra vez, lleno de piedad su arrugado rostro de virgen envejecida. En los ojos del enfermo había tal expresión de trágica ansiedad que la conmovió hasta lo más íntimo.

Entre tanto los labios se movían siempre. Ella leía claramente las palabras en la boca azulada por la cianosis. Después de todo —se dijo — aquello sería un alivio para el infeliz. En el patio había tantas plantas...



Arrastrando con presteza las anchas faldas, salió de la sala. Había oscurecido completamente. Al pasar, hizo girar el interruptor de la luz.

★

Lombardi cerró los ojos, herido por la cruda claridad que se les volcó encima bruscamente. Reclinada la cabeza en la almohada, acentuaba sus aristas la lúgubre flacura del rostro y el cuello. Sus labios continuaban moviéndose tenuemente. Adivinábase que el último anhelo iba escapando por ello con la vida.

Una tónica frescura de ambiente vegetal invadió súbitamente la sala, difundiéndose en imponderables ondas que cubrieron y desplazaron las químicas emanaciones de farmacópea. Llevando en los brazos una mata entera, avanzó la hermana desde la puerta, aproximándose al lecho con gozosa diligencia. Las raíces de la planta estaban todavía cargadas de húmeda tierra y las verdes hojas agrupábanse densamente en los tallos coronados de aromadas inflorescencias. A su paso, la pieza llenábase de silvestres olores como si alguien hubiera abierto una gran ventana al viento errante de la floresta.

—Tome, hijito.

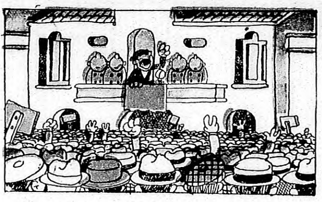
Con maternal ternura, como quien deja un niño pequeño en la cuna, la hermana depositó el arbusto al costado del enfermo, sobre el descarnado brazo extendido a lo largo del cuerpo. Lombardi abrió los ojos. Las frondosas ramas bañábanle la macilenta cara en sus jugosas lozanías de planta. Aspiró largamente, como si sorbiera toda la naturaleza. Hizo resbalar una mano ya torpe por sobre las hojas, a manera de una ansiosa caricia de bienvenida. Bien sabía él que habría de curar y volver a los campos... a dormitar dulcemente bajo los árboles... La reja del arado abría la tierra tierna que ofrecía sus entrañas a la fecunda luz solar... Allá abajo, alguien lanzaba un llamado que flotaba en el espacio como un trozo invisible de sonido. Una ráfaga fresca soplaba desde el monte inmediato...

De rodillas al lado de la cama, la hermana pasaba las cuentas del rosario.

POR

VICTOR JUAN GUILLOT

ILUSTRACION DE ROJAS



CIUDAD

POR

RAUL RIVERO OLAZABAL

ILUSTRACION DE MOLAS

★

El Esplendor de la Calleja

Aquella calle, como los pueblos felices, no tenía historia. Casi ni tenía pasado, como las mujeres que disgustaban a Oscar Wilde. Nunca había sucedido en ella algo digno de contarse. Era quieta y solitaria. Todo el movimiento era absorbido por una gran avenida, afiebrada de tráfico, que corría a pocos metros de la callejuela, a la que sólo llegaba el rumor del bullicio cercano.

Los muchachos, pues, habían tomado la calle por suya. Allí oficiaban sus misteriosos ritos de guerra, de ensueño, de conspiración.

A la caída de la tarde, los vecinos sacaban sus sillas y sillones o sentándose simplemente en los umbrales o en el cordón de la vereda, comentaban largamente las incidencias del día, hablaban del tiempo y hacían pronósticos mirando al cielo, mientras el sereno bajaba serenidad sobre sus corazones.

Y si había llovido, los sapos ahuecaban la noche con su canto de vidrio, dando una desesperada sensación de espacio, aunque cantaban aquí nomás, al borde de la acera.

Pero sucedió que un día hubo que hacer unas reparaciones en la cercana avenida, y ella fué cerrada al tráfico. La vida, entonces, se desvió hacia la callejuela, y circuló por ésta.

Los vecinos vieron con orgullo cómo en poco tiempo cambiaba todo: si bien los chicos no tenían dónde jugar, ni a la tarde eran posibles las largas tertulias de antes en la vereda, ni los sapos cantaban más, asustados por los ruidos, en cambio ahora su calle era una calle de ciudad, una calle de tráfico, una gran avenida — como decían ellos, sin reparar que su ancho era siempre el mismo —. No podían disimular su orgullo cuando, asomados a la puerta o detrás de la reja, veían pasar los ómnibus repletos de gente que los miraba con curiosidad.

Los caseros, viendo el súbito progreso de la calleja, aumentaron los alquileres, por supuesto. Pero los inquilinos no se quejaron, ya que, en cambio, vivían en la calle más importante del barrio.

Por fin llegó el día, no mucho después, en que las reparaciones de la avenida, de la verdadera avenida, estuvieron concluídas, y ella fué abierta de nuevo a la circulación. Volvió a ser enseguida lo que había sido antes. Y de la callejuela todos se olvidaron no teniendo ya necesidad de pasar por ella. Y volvió a ser entonces la calle quieta y solitaria de siempre.

Pero los vecinos ya no se hallaban en ella; se habían acostumbrado al ruido, al tumulto, a la agitación del tráfico, y la quietud de ahora les parecía la muerte. De modo que a la tarde se iban hasta la esquina de la avenida, y allí se estaban las horas viendo pasar la gente y los vehículos. Los muchachos ya no jugaban en el medio de la calle, pues habían aprendido a subirse en los tranvías y a perseguirse entre los automóviles, y eso tenía más emociones. No podían olvidarlo; y siguieron haciéndolo en la avenida cuando ya no pudieron hacerlo frente a sus casas.

Sólo los sapos, con la vuelta al reposo, volvieron a cantar a las estrellas. Pero ya nadie los oía. Y no agrandaban la noche.

★

Soliloquio del Buzón. —

—Soy el personaje más importante del barrio He notado que los vecinos me toman como punto de referencia en sus andanzas. Así, cuando quieren ubicar algún sitio, dicen: lejos del buzón, cerca del buzón, a tantas cuadras del buzón. Y los que viven por aquí, apenas alcanzan a divisarme, ya saben a qué distancia están de su casa, cuando vuelven. ¿Qué sería de ellos si yo llegara a faltarles? No quiero ni pensarlo, pobres!

¡Y para qué hablar de mis verdaderas funciones! Yo soy el medio de comunicación entre los hombres. ¡Cuántas veces he visto llegar hasta mí, palpitantes, a las muchachas del barrio, que han dejado en mi boca una carta pequeña con la inquietud temerosa con que se deja un hijo en un portal! Otras, he visto llegar a la mujer que el marido abandonó, trayendo una carta en que tal vez imploraba el regreso del ausente. Y al cesante de la otra cuadra, que cada dos o tres días deposita toda su esperanza en pedidos que nadie contesta. Y al hombre de negocios, y al chantagista, y al secuestrador, y al desconocido emisor de anónimos que alborotan el barrio... ¡Oh! Todo lo que es capaz de contener la bolsa listada de mi estómago! ¡Cuánta ternura, cuántas ilusiones, cuánta bajeza, cuánta iniquidad! Recuerdo: cuando, hace algún tiempo, un mal intencionado arrojó un fósforo encendido en mi interior, y se incendió la correspondencia, cómo lloraba la gente del barrio!

Así diciendo, el buzón se ponía rojo de orgullo. En eso llegó un perro, que también se comunicaba con sus semejantes por intermedio del buzón. De modo que lo olió minuciosamente, y alzó la pata.

★

La Voz del Pueblo. —

No sé los defectos que pueda tener esta parábola ante las anteriores; pero tiene sobre ellas una ventaja: la de ser rigurosamente histórica.

Era a mediados de 1927. El presidente Alvear acababa de dictar su famoso decreto estableciendo el texto oficial del himno nacional, decreto que provocó la estruendosa oposición que todos recordarán. Esta oposición mantenida en una campaña que contó con el unánime apoyo popular, se exteriorizó en todas las formas imaginables, desde el artículo de fondo de los diarios hasta las manifestaciones que recorrían las calles vociferando.

Con ocasión de los festejos del 9 de julio, recrudecieron las protestas. Ese día, varios miles de personas nos dirigimos en manifestación hacia la plaza de Mayo.

La columna, cada vez más compacta, se deslizaba lentamente por las calles embanderadas.

Cantábamos como energúmenos el himno tradicional. En los intervalos, se marcaba el paso con el estribillo "¡Viejo, sí: nuevo, no!" que sintetizaba el repudio de la nueva forma dada a la canción patria y la fidelidad a la versión antigua, que cantábamos.

La columna era numerosísima, como digo, y marchaba sin más organización que la de su entusiasmo. Por ello no era raro que, mientras en una parte de ella se entonaban a pleno pulmón las solemnes estrofas, en otra se machacaba el "¡Viejo, sí; nuevo, no!" con una persistencia de martinete hidráulico.

Así llegamos hasta el frente mismo de la Casa de Gobierno. Allí nos estacionamos, replegándonos como un lagarto al sol, y se hizo general la grita:

—¡Viejo, sí; nuevo, no! ¡Viejo, sí; nuevo, no! ¡Viejo, sí; nuevo, no!

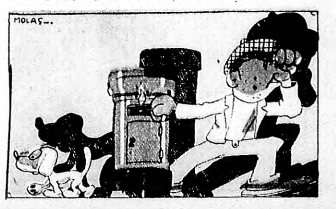
Al lado mío había un hombre que daba muestras de patriótica indignación, gritando a todo trapo, con una voz ya ronca, el cómodo estribillo:

—¡Viejo, sí; nuevo, no!

El Presidente salió a los balcones. Un ansioso silencio se hizo entre los manifestantes.

Entonces, el hombre de la voz ronca, volviéndose hacia mí, me preguntó por lo bajo:

—Diga, ¿qué quiere decir "viejo, sí"; nuevo, no"?



Se Mató un Loco

—¡POBRE, che, yo lo siento, pero es mejor. — Conclusión usual a que se llega en casos por el estilo. Raúl Figueras dijo esta frase tan simple, que era como el sentir colectivo de la muchachada de la oficina. Otro menos creyente en la inmortalidad del alma, agregó:

—¡Qué loco lindo ese Juan Rodríguez! Andaba hace tiempo con ganas de agusanarse.

Sólo el "tuerto" Achával guardó silencio.

—Che, Tuerto, ¿qué me decís del agujero en la cabeza? — ¡Pobre Rodríguez!

—Sus razones tendría.

—Claro que sí; cuando a uno se le propaga el bichito hasta en los sesos, hay que hacerlos saltar en el primer intervalo lúcido.

Comentarios parecidos rodaron toda la mañana por la oficina. Iban y venían jefes y ordenanzas unidos por el acontecimiento. "El loco" Juan Rodríguez se mató en el Riachuelo". Quizá le tuvo miedo al frío del agua y por eso se pegó un balazo en la sien. ¡Eso de irse a matar justo al Riachuelo y no tirarse al agua, es una irreverencia de locos!

El lector podrá creer que J. Rodríguez tenía alteradas las facultades mentales de nacimiento o desde la pubertad. No es así, ni siquiera hay la seguridad de que tuviera alteradas las facultades mentales. ¡Pura suposición!

Los padres nacieron en Balvanera, sanos de alma y de cuerpo. Por eso progresaron, tuvieron casas de arrendamiento y hasta una legüita y pico de campo en la provincia de Buenos Aires. Juan Rodríguez que heredó el alma de sus progenitores, jamás tuvo holganzas pensando en la legüita y pico. Era derecho el muchacho. Con los chiquilines pobres compartía los trompos y los barriletes y ya de segunda mano, hasta se los obsequiaba. Era tan bárbaramente educado y bueno, que a la sirvienta le decía "señorita".

De criatura ayudaba misa. Su mayor placer era tocar el cencerrito. Tenía la impresión de que la gente se arrodillaba por él. El día que cumplió diez y seis setiembres, quiso conchavarse. No lo seducía un doctorado. Mucha placa para su metro sesenta y seis de estatura. Precisamente el caudillo de Balvanera lo metió en el Ministerio de Obras Públicas. Allí lo conocieron el "tuerto" Achával, Raúl Figueras y los demás. Allí lo vieron llegar cinco minutos antes de la hora y retirarse cinco después. Era un empleado modelo; claro que sin mayores aspiraciones para progresar. Todo le daba lo mismo, con tal de que el sol entrara por la ventana. Esta afición al sol le venía desde el cerebro y cuando le apretaba mucho el corazón, se le deshacía en octosílabos. Por eso los muchachos ahora no estaban muy asombrados por el suicidio.

Cuando un tipo hace versos, la gente casi espera ese final. Es el más decoroso y corriente. Los latinos lo explotan de vez en cuando.

Hay un día en la vida de los hombres que es como si uno anduviera con la ropa al revés.

Un día fatal en que el destino se cansa de marchar derecho. A Juan Rodríguez le tocó el trece de marzo. Un tren del Ferrocarril Sud se lo cargó en coche de primera, rumbo a Mar del Plata. El prefería marzo, porque el calor se va, pero la gente se viene. ¡Ocurrencias de Juan Rodríguez!

Anduvo frente al mar hasta fines de abril. Así como el sol de Mar de Plata les tuesta las espaldas a las chicas "bien", a Juan Rodríguez le marcó unas ojeras de medio centímetro, le rebajó el tórax y lo hizo caminar con las espaldas encorvadas.

Cuando este espectro de Juan Rodríguez penetró en la oficina del Ministerio, los muchachos tuvieron un sobresalto.

—¡Che, pero qué te pasa! Si te quedás quince días más, te traen difunto.

—¿Amores contrariados, nene?

—¿Te castigó el amor, rico?

En el fondo de las burlas, había piedad por la transformación. Por eso jamás se ofendió Juan Rodríguez, pero contestaba las burlas con un silencio obstinado.

De vez en cuando al atardecer se apoderaba de algún andariego para andar caminando entre las sombras. Ni siquiera así, le sacaban una palabra. En una sola ocasión, cuando el compañero de correrías hizo referencia al suicidio de la señora de Aguirre en Mar del Plata, le hundió las uñas en el brazo derecho: "¡Callate por favor!". Para dicha de Juan Rodríguez, el compañero no era curioso ni inteligente. Se asustó un poco, pero no preguntó nada. Festejando el acontecimiento se lo llevó a un cabaret y salieron al amanecer caminando redondo. Y para seguirlo festejando quizá, Juan Rodríguez fué muchas veces más al cabaret, descuidó las planillas en la oficina, la línea en los pantalones y ya no le dijo más "señorita" a la sirvienta. Resolvió hacerse loco, por eso ahora los diarios lo ponían en letra negra, de esa importante.

Como todo acontecimiento fúnebre o nupcial, se fué borrando el nombre de Juan Rodríguez, de los labios de todos. Sólo cuando entraba el sol por la ventana, alguno insinuaba:

—Si lo viera Juan Rodríguez, le hacía un soneto.



A esto, el bárbaro de Figueras decía:

—Ahí tenés, ¿ves?, ese fué un velorio donde había buen anís.

Una tarde el "tuerto' 'entró a la oficina desencajado:

—Che, muchachos, la madre de Juan Rodríguez me mandó una carta que el muerto había dejado para mí.

Hubo un silencio incómodo, como si la sombra de un muerto pasara rozando los puños de las camisas.

—¿La tenés?

—Leela.

Hubo asueto en los escritorios. Hasta el jefe participó del mensaje.

Tuerto: Yo me voy a matar, yo me tengo que matar. Te aseguro que cuando uno anda por la vida con la carga de un secreto en la conciencia, tiene necesariamente que pegarse un tiro. Creí que me podría ir de la vida en silencio, pero hay algo más fuerte que yo mismo que me obliga a escribirte. Los muchachos, si son hombres, sabrán justificarme. Además es lindo irse del mundo después de haber descorrido una cortina.

Aquel trece de marzo en que se me ocurrió ir a Mar del Plata, Dios debió tener piedad de mí, como dice mi madre, y haberme mandado una enfermedad grave. Fué mi perdición. Te confieso mi necesidad, por entonces, de enfrentarme al mar, al viento y al descanso de mis vacaciones. Mar del Plata me dejó un espíritu nuevo en cuatro días. Al quinto amaneció un sol de esos que me gustaban para hacer versos. Esta vez preferí despertarme con un canto frente a la playa. A las trece estaba de regreso en mi habitación del hotel y allí, junto al hilo del teléfono, agazapada la tragedia.

Levanté el tubo para marcar un número, a tiempo que llegó a mis oídos este diálogo, iniciado por una voz varonil:

—¿La casa del Dr. Aguirre?

—Sí

– Soy yo, mi vida.

—Ya te conocí la voz, te esperaba.

– ¿Y tu marido?

—Asistiendo enfermos.

—¿Nos vemos esta tarde?

—Como siempre, no podría ser de otra manera.

—¡Amelia adorada!

—¡Mi vida!

Al llegar a este punto, se me ocurre la broma. Interrumpiendo la conversación, con voz ahuecada, fingiendo un gran estado nervioso, digo:

—Soy el doctor Aguirre, ya se lo que quería. ¡Canalla! Voy para casa.

Colgué el tubo conteniendo la risa. A las diecisiete desperté de una siesta pesada y allí sobre mi mesa de noche, en títulos grandes, sobre el diario local, "Ha puesto fin a sus días, la hermosa compañera del doctor Adolfo Aguirre".

Quise limpiar mis ojos de pesadilla, pero la evidencia me achicó el corazón. Las letras daban vueltas en mi cabeza y el retrato de la señora de Aguirre era dolor hasta en mis músculos. El resto del día y de la noche lo pasé encerrado, masticando mi crimen, adivinando el gesto de la pobre mujer después de mi broma del teléfono. Se mató un cuarto de hora más tarde, antes de que "yo", el doctor Aguirre, llegara a "mi" casa. Como un malhechor merodée la casa hasta que sacaron el cajón. Me parecía que los agentes me obsequiaban esposas para las muñecas, quería entregarme a la policía. El resto del veraneo fué cruel. Más de una noche, agazapado atrás de un árbol vi llegar el auto del doctor Aguirre que parecía doblado de dolor. Ya la vida se terminaba, se iba de mis manos y así empezó mi deseo de matarme.

En mi bolsillo está el retrato de aquella mujer que no conocía y que me arrastra. Llevo mi crimen metido en la cartera. Las esquinas ya sólo me sirven para dar vuelta la cabeza. Un día de estos, investigan y me llevarán preso, no hay duda. Te juro que de noche yo tengo las manos del color de la sangre. Yo no se cómo hay crímenes tan bárbaros que la gente no descubre. Ustedes se han dado cuenta que tengo cara de asesino, por eso me hablan poco.

Aquí en Buenos Aires, cuando me quiero esconder, el cuerpo de esa mujer me asoma por todos los balcones.

Yo me tengo que matar, muchachos, ustedes también se matarían".

Sin firma, deshilvanada, casi incorrecta, la carta pasó por el ánimo de la muchachada como una corriente de aire. Raúl Figueras dijo con labios resecos:

—¡Pobre Juan Rodríguez, no le quedaba otro remedio!

Asintieron jefes y ordenanzas, fué una convicción colectiva. Hasta el sol de los sonetos de Juan Rodríguez iluminó con más fuerza su pupitre vacío.

Fué una justificación amplia, el suicidio de un criminal que pudo escaparse perfectamente de la garra policial.

★

CONCEPCION RIOS

ILUSTRACION DE GOIDA

Recuerdos de Clínica

El señor Pérez

—¡SEÑOR Pérez!...

—A la derecha, al fondo. ¡Señor Pérez!

El señor Pérez aparecía entonces, allá a la derecha, al fondo. Parecía un trozo de mostrador que se hubiera separado y caminara. Era pequeño, esmirriado. Cetrina la piel. De facies habitualmente inexpresiva. Sonreía sólo ante el comprador, con una sonrisa hecha a propósito, como de prostituta, que le diseñaba surcos de diversos tamaños en la rasurada piel de su flaca cara.

El señor Pérez era vendedor en una gran tienda. Estaba a cargo de la sección Blanco y Lencería. Era muy buen empleado. Es decir, trataba, a conciencia, de hacer pasar gato por liebre al cliente. No decía palabra ante los abusos del jefe de personal. Sabía saludar ceremoniosamente. Jamás llegaba tarde. Era hortera de alma, con toda la energía de su delgaducho cuerpo.

El amplio salón se llenaba de voces:

—¡Señor Martínez!

—¡Señor García!

—¡Señor Pérez!

Y un día y otro día y todos los días.

Afuera, brillaba el sol, sonreía la vida, amable y libre como una prometida de 18 años.

El señor Pérez descendía, tarde ya, del tranvía número trece, en Cangallo y Ecuador. Hacia lentamente dos cuadras, y doblaba a la derecha. Al desembocar, se apuraba, erguía como en otros tiempos su cabeza. En la puerta de su casa lo esperaba Rosa.

Y vamos a Rosa. A pesar de su nombre botánico tan vulgar, ella no era nada vulgar. Más bien alta, con un lindo pelo negro, ojos ensombrecidos por naturales ojeras, cuerpo como modelado por algún artista clásico. Poseía un conjunto tan agradable, que no podían pasar a su lado los hombres, sin tener forzozamente que decirle alguna grosería, que es el piropo criollo.

Rosa era jóven, además, y esas groserías, lejos de mortificarla la halagaban. Sólo se ofenden de ellas las feas y las marimachos. O delante de los maridos.

Rosa era mucha mujer, para el señor Pérez. El lo presentía, y trataba de ser bueno, cariñoso, sustituyendo a fuerza de arrumacos su falta de gallardía. Besaba fuerte el señor Pérez aunque con un poco de seriedad. A veces le ocurrió pensar mientras le acariciaba la cara: —Es la mejor seda que se importa, señora.

En una palabra: Había mucho de señor Pérez en el esposo de Rosa. Y es claro, tanta ausencia del hogar, tanto amor correcto, terminaron por hacer el vacío en el cuerpo de Rosa. Y, como la naturaleza siente horror al vacío, héte aquí que un buen día le entregan en la eGrencia una carta al señor Pérez .Sin saber por qué, sintió un leve escalofrío, sobre todo al notar que la dirección indicaba letra de mujer, y el sobre exhalaba un ligero perfume. La cosa no era para tanto. En cuatro líneas, una"amiga desinteresada" le notificaba que, esperando a tal hora, en tal esquina ,vería salir de tal edificio, tal cosa.

No mintió el señor Pérez cuando dijo estar enfermo al solicitar permiso para salir, por primera vez desde hacía cinco años. Todos se interesaron, así estaba de pálido. Más delgado, más pequeño parecía.

Y vió confirmada la noticia de la desinteresada amiga. De tal casa, salió Rosa, ¡su Rosa! del bracete con un apuesto galán..

Eso era tan impensado en su vida monótona de todos los días, que no tuvo ninguna reacción. Quedó como atornillado en la acera, la vista hipnóticamente fijada en la pareja que se perdía a lo lejos. Lentamente, retomó el camino de la tienda. Ni una idea le cruzaba por el cerebro. Le parecía ir caminando sobre un almohadón de lana, envuelto en una tupida cortina de humo.

Cuando llegó, el gerente, el señor Martínez, el señor González y el señor García, volvieron a interesarse por su salud. El señor Pérez, les dijo, sencillamente: —estoy bien— y se fué a la derecha, al fondo, a seguir despachando "blanco y lencería."



—Sí, doctor, siento el placer de no tener necesidad — dijo Mimí.

Al día siguiente, fué a la sucursal 10 de correos a notificar su cambio de domicilio. Igualmente lo dió en la Gerencia.

A los pocos días de vivir en la casa de pensión, la patrona le dijo que esperaba nuevos huéspedes.

—¿Ah, sí?

El señor Pérez penetró en su pieza. Al otro día, salía temprano para su ocupación, cuando se cruzó en el vestíbulo con Rosa y su galán, precedidos por la patrona.



La calle hervía de curiosos...

Rosa ahogó (como es costumbre) un grito. El señor Pérez abrió mucho los ojos, se puso más pálido, irguió la cabeza como cuando doblaba por Ecuador.

Sin saber que hacer. (nunca hubiera imaginado este encuentro) sacó el reloj: y como le quedaba justo el tiempo para llegar a la tienda, se encasquetó el sombrero, y salió.

—¿Y de qué se acusa Vd., amigo?— preguntaba vez pasada, en el manicomio, al enfermo Manuel Pérez, diagnosticado como "melancólico delirante".

—He hecho una acción horrible, que no pagaría con el más grande suplicio.

—No será tanto, hombre, alguna equivocación...

—No. Soy un criminal.

—¿Criminal Vd.? No diga eso. No tiene de qué acusarse, lo sé.

—Ustedes son muy buenos, yo no merezco sus palabras. Yo he matado a mi esposa. ¡La quería tanto! ¡Era tan linda! y se largó a llorar, con sollozos de chico castigado injustamente.

Volví a leer la historia clínica. El señor Pérez no había muerto a nadie. Hubiera sido quebrar sus costumbres. Su pequeña alma de señor Pérez no era un alma heroica. Pero, allá, adentro, en el subconciente... Freud... Sí, señor Pérez, yo creo que Vd. ha matado a su mujer. Se lo aseguro.

Mimí

—¿Pero no vé, muchacha, que es una torpeza malograr su juventud, su vida toda, inútilmente, sin ningún provecho? Si Vd. sintiera, a lo menos, algún placer...

——Sí, doctor, siento el placer de no tener necesidad. De no sufrir. Y, después de todo, ¿vale algo esta vida nuestra? Si toda ella es una pura inutilidad...

—No hay nada inútil. Nada estéril. ¿Cómo se inició en el morfinismo?

—¡Psch! Por capricho. Por curiosidad. Por necesidad... Sí, creo que por necesidad profesional. Ellos lo exigían. Ellos me obligaron. Dije que sí. Siempre he dicho que sí.

—¿Ellos?

—Sí , mis amigos. Unos chicos muy distinguidos, de muy buenas familias. Decían que eso era bien. Le dernier cri. Que no estaba a tono con la civilización si no lo hacía. Y como ellos pagaban, querían tener una amiga terriblemente viciosa, no pude, no quise resistir. Me pagaban muy bien. Y aquí me tiene Vd. doctor. Pero si Vd. cura esta... elegancia, ellos me volverán a hacer caer. Y ahora, estoy acostumbrada, me agrada. ¿Es dolorosa la cura?

¡Qué va a ser dolorosa! Estás ahora, muchacha, sobre la mesa de autopsias. No resistió el corazón.

Ningún niño bien acompañó a Mimí a dar su último paseo en coche. Cierto es que Mimí no estaba bien en su cajón de pino sin cepillar. Sin embargo, tenía una bella carita de virgen.

La cosa

—¿Y cómo fué la cosa?

—Trabajaba allá arriba, en esa enorme pajarera que será una casa de departamentos. Fué a tomar un balde de cal, tropezó en un tirante y se vino de cabeza al suelo con su balde prendido de la mano.

La calle hervía de curiosos. Todos querían saber como fué la cosa. El que tuvo la suerte de presenciar la caída, era una especie de héroe: casi el dueño del accidente. Un sensualismo cruel hacía que se agolparan para contemplar a la víctima. La enfermiza curiosidad de las multitudes necesita su dosis diaria de tragedia. Y de estupidez

Por fin llegó la ambulancia, entre un loco campanilleo. La sangrienta bolsa de huesos rotos fué subida en una camilla. Costó trabajo desprender de la mano rígida el balde de cal. Cuando se fué el carromato, un señor grueso y colorado sentenció nerviosamente:

—Son más descuidados estos tipos... No defienden sus vidas. Y después es uno el que paga los vidrios rotos. En fin... en realidad paga la compañía de seguros... Encendió un largo cigarro, y penetró en la obra.

En la calzada sólo quedó un gran cuajarón de sangre que contemplaban embobados diez o doce recalcitrantes imbéciles. Allá arriba, entre la urdimbre de fierros, los obreros seguían trabajando en la construcción de la enorme casa de inquilinato, como si nada hubiera pasado.

Un obrero menos

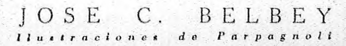
Un seguro más a pagar.

Pronto estará terminada la obra.

Dará un gran interés.

Y los imbéciles mirarán mañana otro cuajarón de sangre estampado en el suelo, como un gran esputo arrojado desde el cielo por alguna divinidad terrible.

★



JOSE C. BELBEY

Ilustraciones de Parpagnoli

LA MUERTE LUCRATIVA

por Monteiro Lobato

ILUSTRACION DE GUEVARA



DE los dieciséis hijos del "coronel" Ignacio da Gama, el menor, muy temprano reveló singulares aptitudes para médico. Así, por lo menos creyó el padre como quiera que lo sorprendiese, en la huerta, interesadísimo en destripar un pajarito agonizante.

—He descubierto la vocación de Nico — dijo el sagaz sujeto a su mujer. — Será un óptimo esculapio. Acabo de verlo disecando un chingolo vivo.

Han de dudar los naturalistas que el hombre dijese "disecar". Un "coronel" de tierra adentro que se expresa así, con ese rigor de glótica, es cosa inadmitida por los meticulosos que analizan el género entero por la media docena de panfucios engalonados de su conocimiento.

Pues dijo. Este "coronel" da Gama abría una excepción a la regla: tenía sus luces, leía sus diarios, había devorado, de joven, las aventuras de "Rocambole" y las "Memorias de un Médico", y seguía los debates de la Cámara con viva admiración hacia los líderes "palabrosos". Veníale de allí un cierto atildamiento en su lenguaje, detonante con el chacabano ambiente glósico de la "fazenda" en donde vivía.

Quien nada entendió fué doña Joaquina, a juzgar por el aire estupidizado que comunicó a su rostro.

—Disecando — explicó con superioridad su marido — quiere decir destripando.

Destripar, dada la buena voluntad paterna en descubrir en el muchacho inclinaciones quirúrgicas, equivalía a disecar. Tomen nota los diccionaristas que no tienen hijos.

—¿Y dejaste que cometiese semejante maldad? — exclamó la buena mujer compadecida.

—¡Ya vienes con tus cursilerías!... Déjalo que juegue; está en la edad. Yo, de muchacho, hacía cosas peores, y no por eso soy un ogro.

¡Otra vez! "Ogro" ¿Qué quieren? El hombre nació culterano. Este ogro debía ser una reminiscencia del "ogro de Córcega", llamado Napoleón. Perdónenlo a guisa de compensación a la parsimonia de la consorte ,cuyo vocabulario era de los más restringido.

Doña Joaquina frunció la cara y, cuando el pequeño "facineroso" volvió de la huerta ,le pidió cuentas de la perversidad, ásperamente.

El "coronel", que en ese momento leía tumbado en la red, los periódicos recién llegados, tuvo por bien interrumpir la ingestión de un discurso inflamado sobre el Amapá, para ir en auxilio del vástago.

—Una vez que será médico, no veo mal que se vaya familiarizando con la anatomía.

—¡La anatomía está allí! — retrucó la indignada madre, señalando una vara de membrillo oculta detrás de la puerta. — Que yo sepa que vuelves a torturar a los pobres animalitas, y verás cómo te diseco el lomo con esa anatomía. ¿Ha oído, so carnicero?

El muchacho se escurrió: el "coronel" reanudó resignado, el hilo del discurso, y el caso del chingolo quedó en eso.

Mas no paró allí la maldad de Nico. Tomaba sus precauciones. Era a ocultas que "despenaba" moscas, arrancándoles las patas y las alas, para gozar del sufrimiento de los cuerpecitos inertes. A los grillos les cortaba las "saltadoras", y reía viendo a los mutilados arrastrarse como cualquier alimaña vulgar. Fué él quien cortó el rabo al mísero Brinquito, de la sirvienta Emilia, y era él quien descaderaba a los gatos de la "fazenda".

Todo eso, lejos. En casa, era un angelito. Y así, angel internamente y demonio extramuros, creció hasta cambiar de voz. Entró en ese período en un colegio de la comarca, y de éste saltó a Río de Janeiro, matriculado en medicina.

El empleo que dió a los seis años del curso, lo supo él, los amigos y... las amigas. Sus padres vivieron siempre engatusados, creídos de que el hijo era una águila que emplumaba, futuro prócer de Itaoca, en donde, liquidada la "fazenda", vivía entonces. En esta ciudad tenían pensado encarrilar al muchacho para el desbanque de los cuatro esculapios locales, "unas acémilas" — decía el "coronel" — cuya veterinaria rebajaba a los itaoquenses a la categoría de caballos.

Durante las vacaciones, el doctorando aparecía por allí, cada vez "más otro", desembarazado, con tiques de carioca, con sus silbantes, trajes caros y un palabreado técnico que ponía tonta a la gente.

Cuando se doctoró, y se instaló definitivamente en Itaoca, estaba en los 24 años. No se le describe aquí el rostro, porque los retratos hechos con palabras tienen la propiedad de hacer imaginar facciones a veces contrapuestas a las descriptas. Se dirá únicamente que era un joven espigado, entre rubio y castaño, bello pero antipático, con una manera de mirar a lo Stuart Holmes — decían las chicas, doctoras en cine. Llevaba barba-perilla de médico francés, detalle que mucho acrecenta la ciencia del propietario. Enfermo hay que, entre un doctor barbudo y uno lampiño, ambos desconocidos, opta sin más ni más, por el peludo, convencido de que opta por el mejor. El doctor Nico, mientras tanto, aborrecía aquel medio tan mezquino "en donde no había campo".

"Esto aquí — escribía a sus colegas de Río — es un puro destierro. Clínica escasa y mal retribuída, sin margen para grandes lances, y aún así, repartida entre cuatro curanderos que se dicen médicos. Perfectas vacas de Hipócrates, arruinadores de la pepinera, con sus consultitas de cinco mil reis. El cirujano de la tierra es un Doyen de sesenta años, emérito extractor de niguas y amputador de berrugas con hebras de pelo. Suministran ioduro a todo el mundo y tienen la imbecilidad de blasonar escepticismo, diciendo que lo que cura es la Naturaleza. Estos curanderos son los que echan a perder el negocio...".

Negocio, pepinera, grandes lances... He ahí la psicología del joven médico.

—"Además de eso — continuaba — se me hace insoportable la ausencia de Ivonne. No hay aquí mujeres ni gente con quien uno pueda charlar. ¡Una pocilga! ¡Ah, las farras de nuestros buenos tiempos!".

¡Aquí está! Ivonne, los amigos, las farras fueron lo mejor del curso. Con mano diurna y nocturna manoseó a estos tratadistas de la anatomía, de la fisiología, de la haraganería, y ahora le torturaban las saudades.

Ivonne había regresado a su país, dejando la media docena de amantes que desplumara, muriéndose de añoranzas de sus encantos. Antes de irse dió a cada tonto una estrellita del cielo, para que, a las tantas, se encontrasen en ella las amorosas miradas. Los seis tilingos, clavaban todas las noches la mirada, uno en "Taureau" (ella distribuyó las constelaciones en francés), otro en "Ecrevisse" ,otro en "Chevelure de Berenice", el cuarto en "Belier", el quinto en "Antares", y el último en "Epi de la Vierge".

Y la francesa se moría de risa en los brazos de un "apache", contándole la historia cómica de los seis pazguatos brasílicos, y de las seis estrellas respectivas. Juntos leían las seis cartas recibidas a cada vapor, en las cuales las protestas de amor, en temperamento de ebullición, hacían perdonar la ingramaticalidad del francés antártico. Y respondían, en colaboración, en carta circular, donde sólo variaba el nombre de la estrella y la dirección. Listas las copias, el "apache" abría el cuaderno y dictaba:

—A monsieur Gómez, "le Taureau"; a monsieur Silva, "l'Epi de la Vierge"; a monsieur Souza, "le Belier"...

E Ivonne iba colocando las estrellas, descostillándose de risa.

Esta circular era lo que había de más tierno. Quejábase la diva de saudades, "esa palabra tan poética que aprendiera en el Brasil, el lindo país de las palmeras, del cielo azul y del amor...". Acusábalos de ingratos, enderezados ya hacia otros amores, mientras ella, la pobrecita, solitaria y triste, "comme la torcaz", consumía los días rememorando el dulce pasado, y las noches contemplando la estrella...

He aquí la razón por la cual, en noches límpidas, se quedaba Nico en la ventana, pensativo, con la mirada fija en la "Cheveiure".

Y se explica también el secreto de unas cartas que le entregaba el correo, timbradas en Francia, sobre la figurita de la "semeuse".

El sueño del joven era enriquecer de prisa para reanudar el placer del idilio truncado.

—¡París!... — bulbucía en los momentos de devaneo, semicerrando los ojos en el pregusto del paraíso.

Se soñaba allá, enriquecido, con Ivonne del brazo, paseando por el "Bois", tal como en las novelas, y la realización de este sueño era el blanco de todos sus anhelos. Había jurado a la amiga que iría a reunírsele, apenas la prosperidad le abasteciese de medios. Mientras tanto, el tiempo corría sin que ningún pez de bulto le cayese en la red.

En un francés senegalesco, Nico lloriqueó, epistolarmente, en el seno de la "petite":

—No se enferma aquí ningún rico; no hay margen para grandes lances; mi padre está viejo, pero fuerte todavía, aun cuando somos 16 herederos. No sé cuándo podré estrecharte entre mis brazos, oh, mi... Aquí venían tres o cuatro comparaciones, a cual más poéticas ,rememorativas del estro de Salomón cuando cantaba a la Sulamita.

Entre los antiguos médicos de Itaoca, el doctor Nico gozaba de pésimo renombre, si un renombre pésimo podía ser motivo de gozo.

—¡Es una bestiecita! — decía uno. — ¡Yo me admiro de que puedan salir de la Facultad cabalgaduras de esta laya! Es médico en el diploma y en la barbita; fuera de ahí. ¡Qué caballo!

—¡Y qué tupé — añadió otro. — ¡Presumido y pomadista como ninguno! ¡Yo quisiera atraparlo en una consulta, para aplastarlo!

El padre, ya viudo, babeaba de orgullo. Hijo médico, y encima despabilado y bien hablante como aquél... Era de moler de envidia a los más. Le embebecía sobre todo, su manera elevada de expresarse. Se reveía en el hijo, el "coronel".

—La terminología entera de la ciencia alópata, cosas en griego y en latín, circonvolucionan en aquella cabecita — dijo cierta vez al párroco, que miró de reojo, por encima de las gafas, aquel mirífico "circonvolucionan".

Y así corría el tiempo, entre las diatribas de las dos ciencias, la joven y la vieja, entremezcladas de los bellos vocablos que el "coronel" nunca dejaba de mechar en su fraseado.

Mientras tanto, enfermó el "mayor" Mendaña, capitalista retirado con 300 pólizas federales de un conto de reis cada una — el Rockefeller de Itaoca. — Acometióle una súbita aflicción, una fatiga, y la mujer se inquietó.

—No es nada. Esto pasa pronto — la tranquilizó el enfermo.

—Pasará o no pasará. Lo prudente es llamar a un médico.

—¡Qué médico! Esto no es nada, te digo. No era tan nada así, como pretendía. A la noche agravósele el malestar, y el viejo, aprensivo, cedió a las instancias de la esposa.

¿Llamar a qué médico?

—Pues a Moura — dijo la mujer, para quien Moura le merecía confianza.

—¡Dios me libre! — retrucó el marido. — ¡Ese es un jettatore! ¿No fué él quien asistió a Zeca, a Peixoto y a Jerónimo? ¿Y no estiraron la pata los tres?

—¿El doctor Fortunato, entonces?

—¡Fortunato! ¿Ya te olvidaste de lo que me hizo por ocasión del jury? ¡Cobrarme cincuenta mil reis por un testimonio falso! ¡No me pilla un vintén más el muy pirata!

Del doctor Elesbón no se habló siquiera; era un adversario político.

—Llamaremos a Galeno...

—Es tan mosca muerta, Galeno — gimió el enfermo con cara de desconsuelo. — Anduvo años y más años curando a Farías una diabetis, y ya lo daba por muerto cuando un curandero de la campaña lo curó con un coco de Bahía comido en ayunas. Era solitaria la diabetis del hombre... Sólo si viniese el hijo de Ignacio.

Aquí fué la mujer que protestó:

—A decirte verdad, prefiero la ignorancia de Galeno, la mala suerte de Moura y hasta a Elesbón...

—¡Ese nunca!... — interrumpió el viejo en un asomo de rencor político.

—... que esa "antipatía" del tal doctocito. Los otros, al menos, tienen la experiencia de la vida, al paso que éste...

—¿Este qué?

—Este, Mendaña, es un mozo bonito que lo que quiere es dinero y farra, ¿no estás viendo?

—¡Bah!... — berreó el terco — siempre ha de saber algo más que los viejos. Aprendió cosas nuevas. ¿No la curó, acaso, a la hija de Leandro?

—¡También qué enfermedad!... ¡Sequedad de vientre!

—Sea lo que sea, el caso es que la curó. Hazlo llamar.

—¡Mira que!... Después no te arrepientas...

—Hazlo llamar. En seguida, que no me estoy sintiendo bien.

Vino Nico. Interrogó detenidamente al paciente, tomóle el pulso, le consultó, y tras una larga pausa, frunciendo el ceño, dijo:

—Por el momento no diagnostico, porque no quiero ser precipitado como ciertos colegas. Sin una auscultación esteptocóspica nada puedo decir. Volveré más tarde.

—¿Lo ves? — dijo Mendaña a la esposa luego que el joven partió. — Fuese Moura, o cualquiera de los tales, ya desde la puerta vendría berreando que era esto y que era lo de más allá. Este es concienzudo. Quiere hacer una auscultación... ¿cómo dijo?

—Estereoscópica, parece.

—Sea lo que sea. Quiere hacer las cosas a derechas. Es como debe ser.

Volvió el joven, y con gran ceremonial aplicó el instrumento sobre el magro pecho del enfermo. Frunció de nuevo la fisonomía en donde se acentuaron las arrugas de la concentración y concluyó con imponente solemnidad:

Pericarditis aguda, agravada por una flegmasia hepática-renal.

El enfermo desmesuró los ojos. Nunca se había imaginado que dentro de sí convivieran enfermedades tan bonitas, aunque incomprensibles.

—¿Y es grave, doctor? — preguntó la mujer asustada.

—Es y no es — respondió el sacerdote.— Sería grave si, modestia aparte, en vez de llamar a uno de esos... matasanos que por ahí curandean. Conmigo es diferente. He tenido en Río, en la clínica hospitalicia, muchos casos más graves, y a ninguno perdí. Tranquilícese, que pondré a su marido completamente sano, dentro de un mes.

—¡Dios lo oiga! — remató la mujer, acompañándolo hasta la puerta, ya reconciliada con la "antipatía".

—¿Y? — preguntó el enfermo — ¿Hice o no hice bien en llamarlo?

—Parece... Dios quiera que hayamos acertado, porque esto de médicos es suerte.

—¡No es tanto así, mujer! — replicó el viejo. — Los que saben se conocen en media docena de palabras, y este mozo, o mucho me engaño, sabe lo que dice. Fuese Fortunato...

Y rió, allá para sus adentros, al imaginar las dolencias caseras que Fortunato descubriría en él...

Nadie supo qué enfermedad era la que aquejaba al "mayor". El bonito diagnóstico de Nico no pasaba de una mera sonoridad trapacera. Presintió el joven que el viejo tenía el corazón débil, y algún achaque en el hígado. Esto, porque al paciente le dolía "aquí, en el vacío", y aquello, por ser natural en un organismo ya castigado por la edad. Mero pálpito. Confesarlo, sin embargo, llanamente, equivaldría a hacer clínica a la manera de Fortunato, y se desacreditaría. Además, ¿quién sabe si no estaría allí el soñado lance? Prolongar la enfermedad... Engordar...

Nico no veía en Mendaña al enfermo, sino a una "bolada", mayor o menor según la habilidad de su juego. La salud del viejo le importaba tanto, como las estrellas del cielo — excepción hecha de la "Cabellera de Berenice". Como abominase la medicina, no viendo en ella sino un medio rápido para enriquecer, ni siquiera le interesaba el "caso clínico" en sí, como a muchos otros.

Quería dinero, porque el dinero le daría París, con Ivonne de yapa. Y bien: el "mayor" poseía trescientas pólizas. Dependía, pues, de su artimaña malabarear aquel hígado, aquel corazón, aquellas palabras griegas y, mediante una hábil prestidigitación ,convertirlos en unos tantos contos de reis sonantes.

La carta de ese mes a la francesita, decía:

"Han mejorado los negocios. Estoy metido en una empresa que se me figura rendidora. En saliendo todo satisfactoriamente, espero, aún este año, poderte besar bajo la luz de la eterna confluente de nuestras miradas...".

El enfermo empeoró con la medicación. Inyecciones hipodérmicas, cápsulas, píldoras, pociones... no hubo terapéutica que no se pusiese a prueba en él, desastrosamente.

—Es más grave el caso de lo que suponía — dijo el médico a la mujer — y los escrúpulos de mi sacerdocio me aconsejan pedir una conferencia médica. Los colegas del lugar son lo que usted ya sabe; mientras tanto, me someto a oírlos.

—¡No, doctor! Mendaña no quiere oír hablar de sus colegas. Sólo tiene confianza en usted.

—En ese caso...

Nico volvió a su casa restregándose las manos de puro contento. Estaba solo en el campo, con todos los vientos favorables. París corría a su encuentro...

Malgrado suyo, en la semana siguiente, inesperadamente, el demonio del "mayor" experimentó una sensible mejoría. ¡Sanaba el bribón! Y Nico palpitó que con una quincena más de aquella reacción, el hombre se pondría de pie.

Hizo cálculos: 30 visitas, 30 inyecciones y tal: 3 contos. ¡Una miseria! Si muriese, el caso era diferente: podría exigir veinte o treinta.

Era costumbre de los tiempos, que el médico se hiciese heredero de su cliente. Servicios que se pagaban con centenas de miles de reis, en los casos de cura, ascendían a contos de reis en los casos de muerte. Si los interesados se resistían al pago, vistas al arbitraje. Los árbitros, funcionarios del mismo oficio, sostenían los honorarios por espíritu de compañerismo, diciendo en latín "Hodie mihi, cras tibi", cuya traducción médica es: prepárate para hacer lo mismo conmigo, que también pretendo dar mi dentellada.

Nico ponderó todo esto. Pesó pros y contra. Consultó fallos. Y tan absorto anduvo en el problema que ,a la noche, en la ventana, se dejaba estar hasta altas horas, sumergido en vacilaciones, sin levantar los ojos hacia la Berenice estelar.

Positivo como era Nico, suponemos que puso en ecuación el problema de las dos vidas:

Primera hipótesis: Cura del "mayor" igual a 3 contos; 3 contos, igual a Itaoca, hastío, etc.

Segunda hipótesis: Muerte del "mayor", igual a 30 contos; 30 contos, igual a París, Ivonne, 'Bois"...

Después de esta sólida matemática, esta acuchillante filosofía: La muerte es un preconcepto. No hay muerte. Todo es vida. Morir es pasar de un estado a otro. Quien muere se transforma. Continúa viviendo inorgánicamente, trasmudado en gases y sales, u orgánicamente en luciérnagas, necróforas y una centena de otras viditas revoloteantes. ¿Qué importa para la armonía universal de las cosas ésta o aquélla forma? Todo es vida. La vida nace de la muerte. Yo preciso, yo quiero vivir mi vida. ¿Hay obstáculos en el camino? Pues a despejarlo...

Quedamos por aquí. Son espantosos estos soliloquios mentales, cuando se los priva de la bendita pulpa de la hipocresía.

¡Hipocresía! ¡Qué cascarón precioso eres tú! ¡Y cómo te injurian... los hipócritas!

No hay tiempo para malbaratar con el amoralismo, porque el "mayor" Mendaña empeoró súbitamente, y allá está que agoniza.

Murió.

El certificado de óbito dió, como "causa mortis", flegmatitis complicada con una necrosis elipsoidal. Podía habérsela bautizado de embolía reventada en el intestino ciego, tuberculosis mesentérica, estupor granuloso peristáltico, o cualquiera otra de los cien modos de morir en griego.

Murió y está dicho todo.

Murió, y el doctor Nico presentó la cuenta de sus honorarios: 35 contos de reis.

Los herederos impugnaron su pago. Se mueve la matraca desgonzada que llaman Justicia, con mayúscula. Todavía no se ha descubierto por qué. Movióse el palabreado curialesco. Salen de los estantes, apolillados libracos romanos. Se procede al arbitraje.

Los árbitros son los doctores Fortunato y Moura, que dijeron entre sí:

—¡El muy bellaco !¡Mata al hombre y encima se convierte en su heredero! El tratamiento, profuso y malo, no vale cien mil reis. Pongamos que valga doscientos, un conto, o tres. ¡Pero treinticinco! ¡Es ser ladrón!

En el laudo, mientras tanto, hallaron relativamente módico lo pedido, sin especificar, claro está, relativo a qué.

La Justicia se tragó aquel papel, lo digirió con otros ingredientes de práctica y, al cabo de cierto tiempo, parió un monstruocito llamado sentencia, el cual obligaba al espolio a aliviarse de 35 contos de reis en provecho del médico, a más de las costas del abseso forense.

Nico, radiante, embolsó los cobres y se reconcilió con los dos colegas que, al fin de cuentas, no eran tán acémilas como lo suponía.

—Colegas: lo pasado, pasado. Ahora, en la vida y en la muerte!

—¡Pues está visto! — dijo Fortunato.— Tonto anduvo usted al abrir luchas con los que ayudan el negocio. ¡La solidaridad! He ahí nuestra gran fuerza!

—Tiene usted razón. Fué chiquilinada mía, ilusiones, humareda que la vida disipa.

—¿Y qué más? ¿Que voló a París? ¡Claro está. Voló, y allá está bajo el palio de la greña astral, paseando del brazo con Ivonne, en el "Bois".

Al padre le escribió:

"¡Esto sí que es vida! ¡Qué ciudad !¡Qué pueblo! ¡Qué civilización! Asisto diariamente de la Sorbona para escuchar las lecciones del gran Doyen, y opero en tres hospitales. Volveré, no sé cuando. Quedaré por aquí durante los treinticinco contos, o más, si usted conviniese en auxiliarme en este perfeccionamiento de estudios".

La Sorbona es el "paraíso" en Montmartre, en donde comparte con el "apache" de Ivonne, el día de la chica.

Los tres hospitales son los tres cabarets más a mano.

No obstante, el padre pensó en aquello lleno de orgullo, aunque apesadumbrado; no estar viva Joaquina para que viera en qué alturas se cierne Nico, el Nico del chingolo destripado... ¡En París!... ¡En la Sorbona!... ¡Discípulo preferido de Doyen, el grande, el inmenso Doyen!...

—Eso de hospitales — gimió el envidioso Fortunato — es una mina. ¡Da nombre! ¡Para incluir en los anuncios, es de primera!

—¿Y Doyen? — murmuró, baboso, el embebecido padre. — No hay como apropinquarse a las celebridades...

—¡Eso mismo! — concluyó Moura, dirigiendo una mirada de inteligencia a Fortunato, en un comentario mudo a aquel mirífico "apropinquarse".

Y ambos vaciaron, simultáneamente, los vasos de la cerveza conmemorativa mandada servir por el bienaventurado "coronel".

—¿Y la conciencia? — preguntará con indignación algún megaterio, lector de Hugo y de Sué, contemporáneo del remordimiento, del Dedo de Dios y de otras fosilidades.

—Duerme el sueño del arcaismo en el fondo de los diccionarios — responde, con risa metálica, nuestro muy estimado amigo Mefistófeles, desde dentro de un "Fausto" de cualquier edición.

Llevaba barba perilla que aumenta el saber de su poseedor

Museo de la Confusión

EN el número doble 290-91 de la inquietante revista "Nosotros", el señor Rogelio Díez, refiriéndose al libro de Fernández Moreno, "Córdoba y sus sierras", expresa:

> Fernández Moreno no hace más que reafirmar su posición en el dominio de las expresiones ciertas e iluminadas graciosamente al decirnos en su "Romance de la Catedral", que las campanas de tan viejas.
> parecen hoy dos hojitas alegres de primavera.

Expresión ésta tan exacta como aquella inolvidable en que para explicar la juventud de un pinguino austral, pronunciara cierto arriesgado explorador en una de sus visitas al Jardín Zoológico:
era tan jovial y luminoso que parecía un vejestorio de segunda mano.

★

Comentando el poema que lleva por título "Arroyo Quinteros", Díez expresa:

> Aquí Fernández Moreno hace gala de su ductilidad espiritual y de sus muchos recursos para alcanzar imágenes acertadas y coloridas. Cita el siguiente fragmento:
> hilo con muchos cascabeles de agua, con labios de piedra y espumosa plata.

Más que de una gran ductilidad espiritual y de otros recursos más o menos lícitos, el poeta nos demuestra aquí sus grandes dotes de ilusionista y prestidigitador al presentarnos una primorosa hilacha que mediante no sé qué mágico polvito se recubre de estruendosos y alborotadores cascabeles en estado líquido, para luego mostrárnosla sin previo aviso luciendo una incómoda boca con labios petrificados y espumosa plata. Para felicidad de muchas pelusas, telas y filamentos desocupados, no todos los poetas poseen los recursos y ductilidad de Fernández Moreno, porque en caso contrario correrían el peligro de verse repentinamente obligadas a pertrecharse de coscojas, matracas, bocinas y otros elementos perturbadores y lucir inadecuadas orejas de jaspe, valiosos órganos visuales de hormigón armado o delicadas protuberancias nasales de cemento portland, rodeadas por abundantes burbujas de oro dieciocho kilates y espumas varias de diferentes metaloides.

★

En "El Suplemento" del 13 de setiembre, explicando una fotografía de Helen Harris, hallé el siguiente comentario:

> **Helen Harris muestra orgullosa su atavío; y bien puede estarlo. Como que con alas de mariposas lo confeccionaron: con las alas de pintadas mariposas que las rindieron placenteras al saber que adornarían a una flor tan delicada como ella.**

Es indudable que los únicos lepidópteros capaces de ese rasgo de desprendimiento pertenecen a las sub-clases de acuarelistas, estucadas y pastelistas, pues hasta la fecha a ninguno de los otros representantes de las genuinas y verdaderas mariposas made Natura se le ha ocurrido despojarse de sus medios propulsores o de sus escamas para cubrir o abrigar monocotiledónes indigentes, vestir pistilos o disimular al pólen y los estambres. No creo tampoco que él cododendro, los tulipanes, miosotis, la higuera chumba o el nopal de la cochinilla, ansíen verse elegantemente ataviadas por madamas Butterfluy, libélulas vagas y danzarinas, gusanos de seda o mariposas diurnas. Yo por mi parte no me desvelo por la adquisición de smokings alados, levitas construídos especialmente con escamas y membranas vibrátiles, pantalones de fantasía de mil colores o graciosos chalecos lepidoides, volátiles y libadores con aleteos de mainumbí.

★

El poeta Almafuerte, en su tan pernicioso poema titulado "La Inmortal", dirige a cada uno de sus lectores la siguiente amenaza:

> ¡Habrá siempre jamás en (tus puertas
> de valioso marfil incrusta- (das,
> rajadura secreta por donde
> vislumbre tu siervo verda- (des amargas!

Confieso que no soy poseedor de ninguna puerta ni criado en las condiciones especificadas, pero que llegado el caso de esa doble existencia, no temería en ningún momento que mi esclavo, aprovechando esa hermética rajadura, llegara a vislumbrar nunca enseguida, enterarse jamás ipso facto, o descubrir pronto in eternum, mis siempre tal vez e indudables quizá acibaradas verdades.

POR Animula Vágula.

La Lección de la Suicida ★ *por Fernando Robles*

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



SE llamaba Maruzia y era bailarina. Había nacido en algún lugar de Rusia. Tenía dieciocho años. Era alta, de carne sólida y admirablemente modelada; sus ojos azules, en una cara ovalada y blanca, veían con sorpresa los seres y las cosas; la nariz era griega, delgada, casi transparente como los oídos que ocultaba a medias una cabellera color castaño, peinada en dos mitades muy estiradas, rematando, un poco más arriba de la nuca, en un espeso moño de resplandores metálicos. Nunca quiso hablarnos de su niñez; pero sus manos eran delicadas y finas, cada ademán una rúbrica de aristocracia... Había hecho como todos los emigrados rusos el mismo éxodo penoso: Constantinopla, Berlín, París. Comenzó su nueva vida siendo criadita en un restaurant de Pera; luego bailó en Charlotenburg; por fin, en la Butte, fué estrella de cabaret.

★

Mi amigo Juan della Motta se aburría en París.

Los primeros meses sufrió el mareo de todos los recién llegados; fueron días y noches de premura para él que quería conocerlo y gustarlo todo. Como era inteligente y de un temperamento rico en sensibilidad, pronto se creyó engañado, burlado en su más querida ilusión. "¿Esto es París?" "¿Puede ser esto París?" — me preguntaba angustiado. La vida elegante y frívola de la gran ciudad le resultaba igual a la de Buenos Aires, hasta la concurrencia de los tés de los grandes hoteles, de las "promenades au Bois", de los teatros de moda, creía reconocerla. Entonces, como era un fraternal amigo, tuve que guiarlo por los otros senderos que conducen al lugar más secreto, al que no llegan fácilmente los turistas del placer, de nuestra América: el París que piensa, crea y ama.

★

Yo tenía una amiguita muy linda que se llamaba Simone.

Físicamente, mi amiguita era alta, sin ser grande, con una carilla morena de lo más pilla, parecía un chiquillo gracioso y travieso, por eso yo la llamaba "mon gosse"; la negra cabellera cuidadosamente recortada un poco más arriba de la nuca completaba esta ilusión; su cuerpo era ágil y armonioso, cuando andaba tenía el ritmo de pájaro de todas las parisienses, pero con algo más de gracia, de travieso...

Ahora, espiritualmente: Simone era dactilógrafa en una compañía de seguros. Y de ahí venían todos nuestros disgustos... Su trabajo le había desarrollado una pasión terrible de archivista y de coleccionista; su bolsa de mano era todo un museo de misivas amorosas y de retratos. Si ella hubiera estado preparando un libro sobre las características fisionómicas y psicológicas de las diferentes razas que pueblan el planeta no hubiera estado mejor documentada. Ahí había, en esa bolsa inverosímil, cartas fechadas en Marruecos, en Checoeslovaquia, en Grecia, en Siam, en China, y diminutos retratos Kodak de oficiales franceses,

Yo soy demasiado buen parisiense para ser celoso, pero vamos, esto de la colección sublevaba todas mis suceptibilidades de hispanoamericano. Traté muchas veces de obligarla a que destruyera el museo, pero en vano, la chiquilla insistía porfiadamente en guardar sus cartas y retratos. Como era muy guapa y muy pícara siempre terminaba por convencerme. Yo valía más que "tous ceux types la, alors..." El argumento era concluyente; yo tenía que besarla agradecido y rogarle que guardara su colección para tener siempre a la vista mi superioridad triunfal sobre toda aquella juventud de Liga de las Naciones.

Simone y yo íbamos con frecuencia a bailar; mi amigo nos acompañaba. Las primeras horas de la noche Juan se desaparecía; allá, de vez en cuando, lo veíamos pasar bailando muy apretado a una linda muchacha. Simone y yo reíamos, ya nos suponíamos el derroche de efusión sentimental que estaría haciendo el pobre soñador. Ya tarde volvía a nuestra mesa con un humor imposible, renegando de todos sus ideales y hablando muy mal de las mujeres.

★

Maruzia había venido de algún lugar de Rusia; Juan de la Argentina, y se encontraron en París...

¿Cómo el apasionamiento objetivista americano inflamó el misticismo metafísico eslavo? No lo sé. Lo cierto es que se querían mucho y desde ese día formamos "deux couples tres chic". Ibamos al teatro todos juntos a un palco, patinábamos en el Palacio de Hielo, cenábamos a la italiana en Poccardi, terminábamos nuestras noches en el cabaret donde trabajaba la bailarina.

Juan había cambiado de domicilio; su vida de artista le creaba nuevas exigencias. Había dejado su habitación del barrio elegante para instalarse en un pequeño departamento con estudio, en Montrouge, cerca del parque Montsouris. Trabajaba por las mañanas, iba a los cursos por la tarde, se divertía de noche. Simone y yo íbamos siempre por ellos al oscurecer.

Era extraordinario como había cambiado el carácter y aun el físico de Maruzia; el amor había borrado aquella extraña sorpresa de sus ojos azules; ahora tomaba un gusto por vivir demasiado apasionado. Simone se sentía disgustada porque había perdido totalmente la iniciativa en el arreglo de los programas de diversiones.

Maruzia tenía siempre la mejor idea, y realmente no podíamos quejarnos, porque gozábamos locamente. Ella sabía encontrar el placer hasta en las cosas más sencillas, más triviales, más comunes. Si íbamos al circo reíamos del clown; si íbamos al café, nos entusiasmábamos con la conversación salpicada de cuentos; hasta en la feria del Leox Belford, gozábamos haciendo caer de su silla, a pelotazos, al negro de madera..

El arte es un culto que exige servidores devotos y esclavos. Juan, al correr el tiempo, iba entregándose a él con un misticismo y una pasión de iluminado. Se había separado bastante de nosotros, pero lo comprendíamos. Pasaba las primeras horas de la noche, en una academia libre de dibujo en Monteparnase; seguía trabajando por las mañanas, y por las tardes yo creo que soñaba. "Le menage" en apariencia iba muy bien. Simone y yo los visitábamos de tarde en tarde.

Nuestras veladas en el coqueto departamento de Montrouge, en vano fingían ser alegres. Maruzia y Simone reían y se contaban mil deliciosas frivolidades; Juan y yo, recordábamos nuestras patrias, y nos contábamos nuestros mutuos proyectos, nos confiábamos nuestras esperanzas. La exaltación creadora de mi amigo contrastaba con la muda hostilidad de su amada. Ella debía sufrir sin decirlo, estaba celosa de ese arte cuya sublimidad acaso no comprendía, porque le robaba más de lo que ella hubiera querido dar del amante

★

Había recibido un telegrama de Juan en el que me prevenía de que esa misma noche nos esperaba en su casa para cenar en compañía de otros amigos; era el cumpleaños de Maruzia.

Como ya eran cerca de las seis, tomé un taxímetro y me hice conducir a la plaza de la Opera. Frente a la catedral de la música esperaba siempre a Simone que salía de trabajar.

Muy exacta, como de costumbre, llegó con ese andar de pajarillo, meciéndose, parándose para verse en un diminuto espejito y ponerse un poco más de polvo y de rouge. La chiquilla venía de un humor imposible; yo no sé si la habrían reñido en la oficina o si sería la desvelada, porque había velado la mayor parte de la noche confeccionándose un traje para la fiesta.

La llevé al café Napolitano para que bebiera algo y se entonara; pero aquella tarde Simone estaba tonta. En cuanto llegamos se puso a hurgar en su bolsa de mano, haciendo desfilar en sus manos todas las fotografías Kodak. Naturalmente, tal acto me sublevó, y comenzamos a reñir. Nuestros disgustos eran particularmente graves por la táctica de ataque de Simone: era una exhibición de un sinnúmero de nuevas cartas de declaración escritas en todos los estilos, desde el romántico hasta el modernista; iban firmadas por muchachos "locamente enamorados", y por "señores de edad respetable", que buscaban "un afecto filial".

La broma era demasiado pesada aun para un buen parisiense. Yo optaba por despedirme respetuosamente, ella me dejaba marchar. Me iba muy de prisa a casa y, pocos momentos después de haber llegado, llamaban a mi puerta; era Simone que llegaba muy compungida y arrepentida, con una cara de chiquillo granjeando el perdón.

Esa tarde fué como las otras, sólo que la reconciliación fué más larga, más dulce en caricias. Ya oscuro, nos vestimos. Yo me puse mi smoking. Simone su traje nuevo, muy escotado en la espalda. Ella había insistido en hacerme el nudo de la corbata, pero con un pésimo resultado; tuve que perder media hora deshaciéndolo y haciéndolo de nuevo hasta que estuvo correcto.

El pequeño apartamento de Montrouge estaba convertido en una verdadera bombonera, tal era la profusión de rasos y sedas. Juan tenía una gran debilidad por los tapices, Maruzia por los cojines; por lo que se vivía en aquella casa como muñecos en un estuche.

Eramos, alrededor de la mesa, diez convidados, damas y caballeros. Juan, en el centro, parecía con su bella cabeza de romano coronada de laureles, una estatua más entre sus obras. Una de nuestras amigas, al principiar la comida, había tenido la idea de coronarlo. ¿Acaso no era un triunfador? Porque en la alegría de la cena se olvidaba el cumpleados de Maruzia para exaltar al joven maestro.

Bebíamos champana y reíamos con una alegría demasiado ruidosa para que fuera verdadera. Yo no sé, pero dentro del cascabel de la risa había algo de triste, de inquietante, como un mal presentimiento. Era, más que una cena de cumpleaños, una fiesta de despedida. Creo que adivinábamos que el querido amigo se nos iba, que no sería ya el bohemio porque ahora su bella cabeza de romano ya no anidaba muchos ensueños, ni se calentaba de esperanzas. Era el maestro, el realizador, y los primeros egotismos, aves carnívoras venían a revolotear sobre su negra cabellera. Maruzia comprendía lo trascendental de aquel momento en la historia de su amor? Era rusa, su alma misteriosa como el fondo de los pozos de las casas viejas...

Como todo el mundo parecía feliz y poco dispuesto a terminar pronto la fiesta, terminados los postres y agotado el champaña. Simone propuso que nos fuéramos todos juntos a bailar a Montmartre. Esta proposición fué acogida con grandes aplausos y aclamaciones. Tomamos varios taxímetros en el bulevar Raspail y partimos en alegre cortejo.

★

Juan y yo, encaramados en los altos bancos del bar de los Campos Elíseos, sorbíamos con las pajillas, muy seriamente, a la inglesa, sendos cock-tails. Por la mañana habíamos estado en el paseo de la avenida del Bosque; cansados, entramos a tomar el aperitivo en el lugar de moda. Hacía ya tiempo que Juan se había separado de Maruttia. La pobre bailarina cuando comprendió que su idilio se había irremediablemente terminado, se había ido con una dignidad inteligente y resignada. Ahora, nos decían los amigos, llevaba una vida agitada en el pequeño cabaret de Montmartre; cambiaba sus amantes con la frecuencia que sus trajes vistosos de exhibición. Cuando le hablaban de su antiguo amigo, el célebre escultor, lo disculpaba con bondad: "Qué vamos a hacer; nos queríamos demasiado. Vivíamos una dicha tan bella que no podía durar..."

Simone y yo nos habíamos disgustado, ahora sí, para siempre... Una tarde en el Luxembourg, sentados en una de las bancas de los prados interiores, se me había ocurrido pedirle que me explicara cómo había obtenido esa enorme colección de pequeñas fotografías Kodak. La chiquilla se negaba a responder encerrándose en un mutismo verdaderamente culpable.

"Ah! Muy bien, ¿con que todos esos tipos han sido tus novios? Ahora sólo falta mi retrato para que el museo sea más completo... Sí, chica, que te lo voy a dar...". Con un pretexto cualquiera le pedí a Simone que me mostrara mis cartas; luego, sin dar tiempo a que pudiera impedirlo, las rompí en muchos pedacitos, sonriendo con voluptuosa maldad de desgarrar ese nuestro querido amor; después, con un ademán despectivo los eché al viento. Volaron por un instante los pedacitos de papel, por fin cayeron como una lluvia de blancos pétalos al pie de las musas marmóreas de Paul Verlaine... Y me fuí; oí su voz que me llamaba, pero no quise volverme. La esperé como otras veces en mi casa meditando la reconciliación; sin embargo, esa noche no fué, y ya no la volví a ver...

★

Un rayo de sol, muy rubio, muy tierno, vino a echarse junto a mí, en la cama. Desde hacía un buen rato estaba despierto. En la semioscuridad de la estancia fosforecían las dos manecillas del reloj despertador, juntándose y separándose lentamente. Las diez, y yo soñaba. Sí, no cabía duda, mi sueño no había terminado, había mucho de mi ser aun sumido en las vaguedades de la subconsciencia, mientras el resto veía el rayo de sol acariciarme el cuerpo y las manecillas luminosas caminando en un viaje circular lento y monótono.

Llamaron a mi puerta...

Salté de la cama y corrí a ponerme una bata. No había terminado cuando Simone ya estaba en medio de la habitación... "Ma petite! Ma chere petite! Mon gosse!" Y me arrojé a aprisionarla en mis brazos. Sólo, cuando pasaron los primeros transportes de mi efusión, pude darme cuenta de su trastorno. "Como, me dijo, ¿no saber que Maruzia se ha suicidado?" Mi felicidad, mi alegría se deshicieron repentinamente como un copo de nieve junto a la hoguera... Entonces Simone, muy pálida, me tendió con su mano enguantada "Le Journal": "Una bailarina rusa se suicida en un cabaret".

Y leí toda la relación sentimental del repórter; me parecía que las letras en el periódico, saltaban y saltaban, impidiéndome juntarlas para arrancarles su relato... Y fué un suplicio horrible que cronológicamente sólo duró unos cuantos segundos, pero que mi corazón calculó con más precisión y realismo, en horas... Sí, era ella, tenía que ser ella, tenía que ser ella, la pobre bailarina rusa...

No se sabía la causa que la obligara a tan triste fin; sólo, en un librito de apuntes, había una nota a lápiz que decía: "Lo poco que tengo en alhajas, quiero que sea para Mlle. Simone Gelin, 84 rue Bertholet...". Y eso era todo...

Simone, al salir aquella mañana para la oficina, había comprado, como de costumbre, el periódico. Fué en el metro, cuando hojeándolo, vió la noticia. Entonces, como loca, salió en la primera estación y tomó un taxímetro que la condujo a La Morgue. Pero fué inútil, porque no le permitieron ver el cadáver de la amiga muerta; lo preparaban para la autopsia.

Del hospital había venido a mi casa para darme la noticia; debíamos prevenir a Juan... Más éste fué también imposible. Juan desde hacía varios días se había marchado a Italia para traer un bloque de mármol, había dicho, pero la verdad era que corría tras de una lindísima dama inglesa. Sin preocuparse de enviar sus señas...

Simone ,agotada por el prolongado esfuerzo nervioso, principió a hacer pucheros, como los niños cuando van a llorar.

. . . .

La luz del mediodía se escurría entre las pesadas cortinas de la ventana.

—"Tengo miedo, abrazame, fuerte, más fuerte, no quiero perderte de nuevo"...

—"Pero chica tonta, ¿por qué no volvías? Si me hubiera enviado una palabra, una tan solo... Mira, ahora no nos separaremos más, viviremos juntitos, muy juntitos, así...

De un salto ágil, como una gata melosa que se escapa, se puso en pie... "Espera, verás..." En sus manos nerviosas ví temblar toda la colección de retratos y cartas que fueron a avivar el fuego de la chimenea. "Espera, espera, ansioso, hasta el fin, voy a contarte el secreto de mi colección: "Has de saber que en mi oficina, todas las muchachas hacen orgullo de múltiples conquistas; yo, no quería ser menos, una chiquillada, qué quieres, bien caro me costó. Entonces se me ocurrió poner un anuncio en el periódico: "Una señorita de diecisiete años, guapa, de buen carácter, desea relaciones serias con caballero discreto":. Y las cartas adjuntando fotografías comenzaron a venir...".

Los últimos pedazos de papel se incendiaban quejándose en una llama verde pálido...

Presa de un extraño y ardiente agradecimiento, abracé a Simone mientras ésta, con lágrimas en los ojos me decía: "Pobre Maruzia, la acompañaremos al cementerio, le llevaremos muchas rosas, de las amarillas que a ella le gustaban".

Las Dos Hermanas de Irreprochable Virtud

EN el primer mes del verano, el Rey del reino Lu quiso visitar al Rey del reino Tcheu; y se puso en marcha con la escolta conveniente, conformándose en todo a lo que está prescripto por el Li-Ki (que los bárbaros de Occidente llaman Libro de Ritos). Subió a la carroza roja, arrastrada por caballos pelirrojos de cola negra y llevando el estandarte de color encarnado. Estaba vestido de rojo, con rubíes en el gorro y en la cintura. Y, tan pronto como finalizó la primera etapa, hizo el sacrificio ritual a Yen-Ti, el príncipe del fuego, lo mismo que a Tchu-Young, el genio tutelar. Y, mientras tanto, la escolta observaba el vuelo de los pájaros: porque los pájaros, como se sabe, son los animales peculiares del primer mes del verano. El Rey, sacrificando, no omitía, desde luego, el ofrecer al dios, de inmediato, los pulmones de las víctimas, procediendo siempre como está ordenado. Sobre el camino, la rana verde croaba, el gusano de tierra aparecía, la calabaza crecía, y el cerezo estaba en flor.

En la tarde de la cuarta etapa, sucedió que los dragones del aire, lucharon entre sí, tan bien que torrentes de lluvia y de granizo cayeron sobre toda la tierra. Las montañas sacudidas, arrojaron sus nieves en avalanchas, y los ríos demasiado llenos se desbordaron en los valles. Todo esto, porque el sol estaba en la constelación Pi, porque la constelación Y alcanzaba el Cenit a la tarde y la constelación V Gulu, a la mañana.

El Rey, respetuoso de la voluntad del cielo, se detuvo, y, como no se podían levantar las tiendas, a causa de la lluvia y el granizo que atraviesa y destroza las telas, el Rey se dignó refugiarse en una aldea de trabajadores. La triple bóveda de bambúes vivientes detenía el viento y la tormenta no penetraba bajo las apretadas hojas de los arces y alcanfores. Las casas de techos de paja o porcelana se agrupaban alrededor de la gran plaza redonda. Y, por todas partes aquello olía bien, a menta en polvo y a comida. Dos mujeres salieron de una casa hospitalaria, y se pusieron de rodillas para rogar al Rey que franqueara sus umbrales. Y ellas no sabían que se trataba del Rey. De manera que su acto estaba limpio de orgullo y era piadoso. El Rey entró.

Se encontró con la casa relumbrante y el altar de los antepasados, debidamente honrado. Y su corazón de Rey se regocijó.

Llamó a las dos mujeres. Una de ellas vino. Era bella como la luna de verano, que reflejan los lagos salpicados de lotos. Sus ojos eran de jade sombrío, y sus mejillas de limón liso. Cuando se sonreía, el marfil nuevo brillaba en una granada madura.

La otra mujer vino también. Era fea hasta el horror. Y es conveniente no describir esta fealdad, a causa de nuestra delicadeza de letrados, que todo espectáculo grosero ofusca.

El Rey del reino de Lu, se informó mientras tanto acerca de las mujeres, haciéndoles idénticas preguntas.

Eran hermanas, y casadas con dos hombres dueños del albergue, y tan irreprochablemente virtuosas la una como la otra. Aunque aquella que era hermosa hubiera sido diez mil veces suplicada por hombres, de otorgarles la felicidad del amor. Pero en vano.

El Rey escuchó, después durmió; mientras tanto los dragones del aire, fatigados de luchar, se calmaron. Y el sol del día siguiente se elevó en un cielo puro. El Rey volvió a subir a la carroza roja. Pero antes regaló su traje rojo, con el cinturón rojo y los rubíes del cinturón a la mujer que era bella. Y, a la otra, no le dió nada.

Obrando así, obró según la sabiduría. La virtud de la mujer que era hermosa era meritoria, porque esta mujer había sido frecuentemente tentada. La otra mujer fea y sin tentaciones, una virtuosa sin mérito.

★

En el primer mes de invierno, el Rey del reino Tcheu quiso visitar, a su vez, al Rey del reino Lu; se puso en camino con la escolta conveniente, conformándose a todo lo que está prescripto en el Li-Ki. Subió a la carroza negra, arrastrada por caballos gris de hierro y llevando el estandarte de color negro. Estaba vestido de negro, con pedrerías negras en la cintura, y tan pronto como finalizó la primera etapa, hizo el sacrificio ritual a Tchoen-Hin, lo mismo que a Huen-Ming. Y mientras tanto, la escolta pescaba tortugas y reunía briznas de aquilea, porque los animales con caparazón son peculiares del primer mes del invierno; y es en el primer mes del invierno que se consulta a la tortuga y la aquilea. El Rey, sacrificando no omitía, desde luego el ofrecer al dios, los riñones de las víctimas, procediendo siempre como está ordenado.

Sobre el camino, el agua comenzaba a helarse, y el faisán se zambullía en las profundas aguas del río Hue para transformarse en ostra. El arco Iris estaba oculto y no reaparecía más. En la tarde de la cuarta etapa, sucedió al Rey de Tcheu, todo lo que le había sucedido al Rey de Lu y en el mismo lugar exactamente, porque el viaje contaba en efecto ocho etapas, todas iguales. Los dragones del aire lucharon. La lluvia y el granizo cayeron, las montañas sacudieron sus nieves y los ríos se desbordaron. Todo esto, porque el sol estaba en la constelación del Escorpión, y porque la constelación Weis alcanzaba el Cenit a la tarde, y la constelación de la Hidra a la mañana.

El Rey de Tchu se detuvo como se había detenido el Rey de Lu y se revistió del manto de pieles que conviene a los primeros meses del invierno. Así lo ordenan los ritos. Despues se dignó refugiarse en la aldea donde el Rey de Lu se había refugiado.

Las dos hermanas virtuosas salieron de su albergue, en tanto el Rey vacilaba entre las casas alineadas alrededor de la gran plaza redonda. Y, como habían hecho antes, ellas se arrodillaron para recoger a su huésped que entrara bajo su techo.

El Rey entró. Y, encontrando la casa relumbrante y el altar de los antepasados debidamente honrado, su corazón de Rey se regocijó.

Entonces, interrogó a las dos hermanas. La una era siempre hermosa y la otra siempre horrible. Una y otra eran siempre irreprochablemente virtuosas, y continuaban guardando sólo para sus esposos la flor deleitable de su carne, aunque esta flor, ciertamente, no fuera en una y otra de un precio igual.

El Rey escuchó, después durmió. Y a la mañana los dragones del aire se habían calmado, y con el sol nuevo brillando en un cielo puro, volvió a subir a su carroza negra. Pero antes hizo matar por sus guardias vestidos con pieles de tigres a la mujer que era hermosa. Y dejó vivir a la otra.

Obrando así, obró según la sabiduría. La crueldad de la mujer que era hermosa, merecía la muerte. ¿Esta mujer no había acaso rechazado y desesperado a diez mil hombres enamorados de ella? La otra mujer, no habiendo desesperado a nadie, vivía virtuosa sin crimen.

★

Y no hay más que una sabiduría.

POR

CLAUDE FARRERE

ILUSTRACION DE SORAZABAL

Mañana de un Negro

De mañana temprano, el negrito Félix se levanta como los pájaros. Corre, salta, juega y es igual a un cabrito en el campo. Vive en una casita pobre, pero hermosa. La madre de Félix es una negra limpia, cuidadosa de ella misma y de su casita, que resplandece entre flores, clara y bien pintada, al sol. Félix en el jardín hace muchas cosas. Tiene unos hoyos para sus bolitas; plantas que él vió nacer y las cuida como suyas, y un juguete. ¿No ha de tener un negro, también, un juguete por lo menos? En el jardín o entre las cuatro paredes de su casita Félix es feliz. Un solo punto oscuro, muy oscuro, perturba su felicidad: la escuela. El negro no siente afición por la escuela.

Va a regañadientes. Siente la opresión de su libertad. ¿Qué subconsciente poderoso obra en él para hacerle sentir un resabio de esclavitud en el colegio formal y disciplinado, donde una maestra mandona y cursi —ortopediza nuestra voluntad con brazos y piernas de aritmética y geografía— que dicen que sirven para andar en el mundo, entretanto alicortan los únicos días felices de suprema libertad. Por lo menos este negrito de mi cuento era rebelde y haragán. La maestra le plantea un problema insoluble.



El negro multiplica y divide: "Compro veinte docenas de naranjas a $ 1.50 la docena y las vendo a $0.19 cada una, ¿cuánto he ganado?"

El resultado es desfavorable, no gana, pierde. Pero la maestra lo ha dicho así y debe ser así. Para la mentalidad infantil los maestros no se equivocan nunca. Da vueltas y revueltas al problema y la solución no aparece. Cansado tira los libros.

A las 11 llega el padre. Acaba de cobrar el sueldo y hace mucho le ha prometido a Félix una fotografía.

Toma a Félix de la mano y se van al Parque Urbano.

En el Parque, fotógrafos van y vienen como moscas aturdidas. Un checoeslovaco se acerca al grupo de los dos negros.

—¿Quiere sacar foto?

—¿Cuánto cobra por el chico?

—Por solo chico, cobro real y medio.

—Bueno, me lo saca bien al nene.

El checoeslovaco adereza la máquina con prolijidad de señorita. Busca afanosamente la pose. Levanta una tela sucia, condiciona la placa y arregla al negrito en forzada actitud fotográfica y después del consabido mirá un pajarito, exclama:

—Ya está.

A los diez minutos la fotografía queda lista. El checoeslovaco la seca cuidadosamente y se la entrega radiante al padre de Félix.

—Este no es mi hijo.

—¿Cómo?

—Que no es mi hijo, mi hijo no es negro.

—Bueno, no lo saqué sino morochito subido, tostadito.

—¡Que no es mi hijo, repito! El no es negro, así. Usted acaba de fabricar una mancha de tinta sobre un fondo de papel secante.

—Pero, siñor, yo la saqué como es. No puedo hacer milagros.

La gente se agrupa alrededor de los discutidores. Otro, del oficio, pasa por allí y escucha la discusión. De pronto ,en su cerebro repleto de claridades mercantiles, una idea surge lúcida como un meteoro.

—Oiga, buen hombre. Yo soy criollo y me animo a sacarle una foto a su hijo tal como es él.

—Bueno, acepto.

El fotógrafo coloca al negrito de cara al sol. Los rayos luminosos caen perpendiculares y tajantes sobre la carita negra como el azabache.

—Chis-chás.

—Ya está.

Se repiten los manipuleos de fotógrafo ambulante.

El negrito aparece en la fotografía mulato blanqueado, tirando a cuarterón.

El padre contempla la fotografía y exclama dichoso:

—Este sí es mi hijo.

POR

ILDEFONSO PEREDA VALDES

Ovidio en el País de las Flechas

AUGUSTO, sobrino de Julio César y primer emperador romano, fué modificando, en los últimos años de su gobierno, la política de tolerancia para quienes se permitían mostrarse descontentos y hasta decírselo. Por largo tiempo había afectado un altanero desprecio hacia casi todos los ataques provenientes de aquellos círculos y personajes que no podían olvidar el clima liberal y democrático de la República, de cuyas fortunas y esplendor el pariente del gran dictador era, a los ojos de la gente ilustrada, sólo un astuto usufructuario. Una de las primeras víctimas del cambio de esa actitud, debido quizás a la debilidad senil de Augusto, fué el gran poeta lírico Ovidio, echado improvisadamente de Roma y desterrado a Tomi, en el Ponto Euxino (Mar Negro), no lejos del Danubio.

Esta deportación es uno de los acontecimientos más curiosos de aquella época, y las verdaderas razones que la provocaron permanecieron siempre oscuras. El edicto imperial, por el cual se relegaba al poeta, le reprochaba solamente la publicación del "Ars amandi" (Arte de amar), pero nadie ignoraba en Roma que la inmoralidad de sus escritos no era el motivo exclusivo del grave castigo. Ibase divulgando que Ovidio había cometido una falta muy sensible y más personal, pero esto se murmuraba en voz baja y ningún escritor de la antigüedad nos revela la naturaleza real de la falta. El único documento lo constituyen las obras mismas de Ovidio, con cuyo estudio puede, tal vez, intentarse resolver ese interesante enigma histórico-policial.

La vida feliz y galante de Ovidio

Para ninguno de los hombres distinguidos que frecuentaban la Corte y los salones de Augusto y Livia, la vida fué tan dulce como para Ovidio. Horacio y Virgilio, sus grandes contemporáneos, no tuvieron un destino tan igual y aciertos y éxitos rotundos como los suyos. Mozalbete aún, leía sus versos ante concurridas reuniones, cuya atención había sido hasta ahora reservada para los astros mayores: Horacio y Tíbulo, Virgilio y Propercio. Roma empezó a tender el oído a los primeros estreros del joven provinciano, y desde aquel momento no escatimó sus aplausos, casi siempre muy ruidosos. Tanto es así que Ovidio, en un estallido improvisado de entusiasmo, exclama un día: "Yo he tenido la fortuna de conseguir del mundo viviente toda la gloria que se concede sólo a los muertos".

Tito Livio decía que, narrando la antigüedad, su alma se volvía antigua. Ovidio hacía lo contrario: reconducía los tiempos antiguos a los suyos, adornándolos con los coloridos de su época. Las jóvenes y las muchachas, que él hace hablar en sus poemas como diosas y heroínas, son contemporáneas de Augusto, personas de mundo, espirituales y distinguidas, que no tienen nada de la sencillez antigua. Paris es un pequeño-burgués, que a la mesa misma de Menelao declara su amor a Elena con todos los procedimientos que más tarde serán descriptos en el "Arte de amar". La sociedad romana de la época augustea se reflejaba en Ovidio; alabando y aplaudiendo a éste, se alababa y aplaudía a sí misma.

Cuando Ovidio dice en sus "Amores" que en Roma él no se ocupó más que de placeres: que Venus reina soberana en la ciudad, fundada por su hijo Eneas, y que no hay en este ambiente más mujer virtuosa que aquella a quien nadie ha poseído todavía él parece hablar para todo el mundo, sin excepción. Y conforta a los maridos celosos con esta "paternal" admonición: "Vosotros podéis tomar todas las precauciones posibles, pero no seréis nunca dueños del alma de vuestra mujer; aunque todas las puertas estén cerradas, el amante seguirá viviendo en su corazón". Observa, en otro punto de su composición poética: "Hay mujeres que son adorables menos por su hermosura que por el cariño de sus esposos; se supone en ellas yo no sé qué encantos al verlas tan queridas." En fin, su vena licenciosa traspasa los límites: "No sabe vivir el que se aflige por tener su mujer amantes; aquél no conoce las costumbres romanas. Si tú eres sabio, cierra los ojos, calma tu rostro irritado y olvida los severos derechos de esposo; cultiva en cambio los amigos que consigues para tu mujer; ella, a su vez, no te dejará faltar nada y verás tu casa repleta de dádivas que no te costarán nada."

Estas expresiones y galanterías licenciosas el poeta de Corina tuvo que pagarlas muy caro más tarde.



Las orgías de Julia

En su senectud, Augusto se había convertido en un gran moralista, dedicándose a la tarea de reavivar en un siglo profundamente corrompido el gusto de las virtudes antiguas. Cuando hablaba al Senado o al pueblo, recordaba constantemente los grandes ejemplos de los antepasados. Es probable que Ovidio debía reírse un poco de las viejas sentencias morales que el emperador afectaba admirar sólo ahora, después de haber sido el "casto" amante de Livia y de otras, también casadas. Desgraciadamente, no se puede imponer la virtud mediante ordenanzas o discursos y las medidas administrativas no bastan para hacer honesta a una gran ciudad. Ese príncipe, a quien su poeta áulico, Horacio, decía: "El adulterio ya no perturba nuestras familias, las costumbres y las leyes han triunfado sobre el vicio impuro", tuvo, en la postrimería de su vida, que castigar el adulterio en su misma casa.

La conducta escandalosa de su hija Julia constituyó para Augusto uno de sus dolores más crueles. Ella hilaba la lana, tal como una romana antigua, y Augusto no llevaba otros trajes que los teñidos por su mujer y su hija. Empero, todas esas precauciones no convirtieron a Julia en una Lucrecia. La habían casado sucesivamente con todos los candidatos al Imperio, sin consultarla jamás, y con tanta rapidez, que ella casi no podía distinguir a sus maridos de sus novios. Julia advertía muy bien que se la aceptaba sólo porque llevaba en dote el Imperio y de aquí su deseo incontenible de ser amada intensa y sinceramente por alguien.

En la corte de Augusto vivía su sobrino Julio Antonio, hijo único del triunviro (muerto trágicamente en Egipto al lado de la reina Cleopatra), y de Octavia, hermana del emperador. Julia se enamoró de su primo y tan locamente que por las noches elegían el Foro y los jardines públicos por teatro de sus orgías, como si sus amores un tanto fatigados hubiesen tenido necesidad de reanimarse y robustecerse por la excitación del peligro. La cólera de Augusto estalló con una violencia terrible: hizo matar o desterrar a los cómplices de Julia y a ella misma la confinó en una isla, donde nadie podía acercársele sin su permiso. Evidentemente, lo que el emperador quiso castigar en su hija, no era tanto la ofensa a la virtud cuanto la irrisión atroz a su política tardíamente moralizadora por miembros de su familia misma.

Julia había tenido otros cómplices, además de los ya castigados, y Augusto lo sabía perfectamente. El nombre de Ovidio empezó a susurrarse en los círculos de la corte, pero no había otro indicio de algún valor que la coincidencia meramente casual de la aparición del "Arte de amar" en el mismo año del destierro de Julia. Puede ser cierto que ella haya leído con gran deleite las lecciones amorosas del poeta, pero era también notorio que Julia había practicado aquellos preceptos mucho antes de su traducción en versos. El hecho es que el vate de Sulmona no fué esta vez molestado.

Los amores de la segunda Julia

No obstante el ejemplo terrible que Augusto había dado, las mismas faltas se repitieron en su familia pocos años después. La segunda Julia iba imitando la conducta de su madre, siendo, además, una ávida lectora de "Amores" y "Arte de amar" de Ovidio, a quien quiso conocer, admitiéndolo después a sus tertulias junto a Silano, joven de la más rancia aristocracia romana. Julia estaba ya casada y fué, pues, general el asombro al saberse improvisamente que ella había sido relegada en una pequeña ciudad de Italia, mientras Silano abandonaba Roma "voluntariamente" y Ovidio era desterrado a Tomi. ¿Qué había ocurrido?

La policía secreta de Augusto había descubierto los amores adúlteros de Julia con Silano y la participación de Ovidio en las galantes tertulias de ambos. El emperador, que desde largo tiempo detestaba al poeta por el mal y la corrupción sembrados con sus obras en la sociedad romana y en el seno mismo de la familia del César, quiso hacerle sentir el peso de una sanción durísima, acaso con la ilusión de poner un dique al libertinaje cada vez más desenfrenado.

Se sostuvo de parte de algunos que el delito de Ovidio no consistió solamente en sus versos licenciosos y en su "asistencia" a los amores de Julia y Silano, sino también en alguna relación "más íntima" con la princesa y además en la indiscreción de haber "mirado" a Livia, la mujer de Augusto, mientras estaba en el baño. En sus cartas del Ponto, llenas de desesperación y congoja, Ovidio habla sólo de un "crimen que él viera cometer", y bañarse no es un crimen. "Mi segunda falta fué, añade, la de haber sido tímido", es decir, que el poeta no se atrevió ni a llamar a los dos adúlteros al respeto de la moral, ni a revelar a Augusto el "crimen" de su nieta. Y eso se explica, por cuanto en aquellos tiempos especialmente, era muy peligroso tanto el silencio como la delación.

Hacia el destierro

Ovidio ha narrado en una de sus Elegías (Tristia), cómo transcurrió la última noche que pasó en Roma. Nada estaba aún preparado para la partida, bien que Augusto le hubiese dejado el tiempo necesario para arreglarlo todo. La casa se encontraba casi desierta; sólo dos o tres amigos se habían atrevido a concurrir para saludarlo y estrecharle la mano. No habiendo conocido nunca la desgracia, Ovidio no podía saber que muchos son los amigos en la fortuna, pero que uno se queda solo al primer infortunio. La salida del sol iba entre tanto acercándose y era preciso partir. El lujoso hogar resonaba con los llantos y gemidos de los esclavos y libertos, como si se tratara de un funeral, y el poeta se apresuró a poner término a la dolorosa escena, dando un último y desgarrador adiós a la casa y a la ciudad, donde viviera admirado y feliz como ningún otro mortal.

Ovidio cruzó el Adriático en el mes de diciembre y una tempestad, de las que son muy frecuentes en aquella estación, volvió a arrojarlo a las playas de Italia, que él creyera no ver de nuevo jamás. Otro bote lo trasladó a Corinto y de aquí fué costeando las Cícladas y el Asia Menor, teatro de la Iliada. Su estro poético se despierta patético y sublime al surcar el barco el mar sacro de los mitos, los héroes y los amores, y de su estilete de marfil sale el primer libro de "Tristia" (Tristezas). Los recuerdos mitológicos obsesionan su espíritu y, atravesando el Helesponto helado, canta la pasión de Leandro, que puede ahora visitar a su amada, Hero, sin nadar de una orilla a otra. La llegada a Tomi, la ciudad donde había de vivir y morir, lo despertó de sus sueños y evocaciones poéticas para ponerle frente a la realidad más dolorosa.

Las flechas envenenadas de los Getas

La ciudad de Tomi estaba situada a orillas del Mar Negro, no muy lejos del Danubio, en la Dobrugia, y era una colonia griega, pero habitada en gran parte por sármatas. Ovidio, ya al desembarcar, sintió cerrarse el corazón. Los viajeros que hoy cruzan las estepas de la Dobrugia admiran la majestad de aquellas llanuras solitarias y su grandiosa monotonía, pero Ovidio no ve más que tierras desnudas, sin sombras, sin verduras. Aquí no se conoce, escribirá más tarde, ni primavera, ni otoño, y nunca se oye el cantar de los pájaros. ¡Qué triste panorama para ojos acostumbrados a la naturaleza graciosa y variada de Italia, y a las sombras encantadoras de las quintas romanas!

El aspecto de la ciudad tenía algo de extraño y espantoso. Las calles y plazas eran a menudo cruzadas por sármatas y getas a caballo. Su voz era dura, su rostro áspero y amenazador, la barba y los cabellos muy largos; llevaban un arco en la mano y un cuchillo en la cintura. El invierno era tan largo y frío que el vino se helaba en los toneles y los habitantes no podían salir más que cubiertos enteramente, menos la boca y los ojos, con pieles de animales. Cuando el Danubio estaba helado, bandas aisladas de getas y sármatas, "cuyos caballos eran más veloces que los pájaros", como refiere Ovidio, se precipitaban sobre la campiña y la ciudad, entregándose al degüello y el pillaje y lanzando flechas envenenadas, las que hacían estremecer al poeta al sólo recordarlas. El solo medio de evitarlas era encerrarse en casa durante todo el invierno.

No era raro el caso en que poblaciones enteras cruzaban el gran río, poniendo sitio a la ciudad. Entonces había que tomar las armas y correr a las murallas. El infortunado poeta, quien cuando joven se negara a enrolarse en el ejército, se veía obligado a combatir en su vejez. El ataque era a menudo muy serio y sangriento y las flechas de los bárbaros, esos famosos proyectiles envenenados, caían hasta en medio de las calles. Un día Ovidio recogió una del suelo para remitirla a Roma a sus amigos. "Otro regalo del país de los getas no puedo haceros", les escribió ilustrando la donación con una carta.

Ovidio invoca en vano la liberación

Esta era la triste y peligrosa morada del poeta de los "amores ligeros", explicándose, pues, los continuos esfuerzos y las desesperadas súplicas dirigidas a Roma para salir de la tormentosa situación. Ovidio se dirigió sucesivamente a todos sus amigos, conjurándolos a obtener del "hombre celeste" (Augusto), si no el completo perdón, al menos un alivio de su penoso suplicio. De entre las personas de quienes imploró ayuda, se cuenta también su mujer, por cuanto el cantor del "Arte de amar", el amante de la diva Corinna, se había casado tres veces. De las dos primeras se había divorciado, eligiendo a la tercera entre las amigas de la emperatriz Livia. Había sido este último, evidentemente, un matrimonio político, contraído con el fin de poner pie en el gran mundo oficial e infiltrarse en la intimidad de Augusto. Hasta la época de su desgracia, esa mujer no ocupa ningún lugar en las poesías de Ovidio, pero ahora, en Tomi, "no transcurre un día, ni una noche, sin que él piense en ella". ¡El libertino incorregible se había convertido en modelo de esposo! Mas parece que las ardientes súplicas del desterrado no conmovieran demasiado a su mujer, la que buscaba explotar su influencia en la Corte más bien para su propio provecho que para defender y socorrer al marido.

Las adulaciones, en versos naturalmente, para impetrar gracia de Augusto, no tienen límites ni pudor. Ovidio, no solamente lo pone por encima de todos los héroes de la antigüedad, sino que le sacrifica al mismo Júpiter, "por cuanto éste es un dios puramente imaginario, mientras que el otro, Augusto, es un dios visible". Y cuando su amigo Cotta le remite las imágenes del emperador y su familia, Ovidio hace construir a propósito una capilla para venerarlas devotamente. Era el suyo un verdadero delirio de adulación. Mas Augusto se mantuvo implacable, no dejándose conmover ni por los versos, ni por las cartas, ni tampoco por la construcción de la capilla.

Muerto Augusto, Ovidio se apresura a ponerse en regla con el sucesor, Tiberio, al cual conoció y trató en Roma. Se renuevan los ditirambos y las humildes invocaciones, como si el alma dura y desdeñosa del hijo de Livia pudiera mostrarse sensible a los ruegos y adulaciones de un poeta. Ovidio estaba revisando su poema "Los Fastos" para introducir algunas alusiones al nuevo reinado y otros elogios al de Augusto, cuando la muerte lo sorprendió a los 59 años de edad, ocho de los cuales transcurridos en la inhospitalaria y bárbara Tomi.

Así terminó sus días el poeta que junto a Horacio y Virgilio ocupa el lugar más destacado en el Parnaso de la deslumbrante edad de Augusto.

POR

JOSE TUNTAR

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

Bibliografía

JUAN L. ORTIZ. — El Agua y la Noche. Editorial P. A. C.

Está absorto frente al mundo, Juan L. Ortiz. Con una delicadeza que a veces alcanza la pura elevación de la ternura, se mantiene en esa renovada maravilla que nombramos poesía. Su tono, como rezado. Su alma una limpia intimidad que frecuentan dichosas lunas, y ríos y árboles y recuerdos y lentas tristezas. A través de la inquietud —privadamente poética— la quietud alcanzada por un corazón en blanco, por un corazón que ya no valora el deseo o que ya no quiere tener palabras para el deseo; sí, y de una recatada, vertical vehemencia, para las muchas dulzuras que señala en las almas nobles el fugaz sobresalto de la belleza. Pero la efusión es siempre cortés, contemplativa y un poco como ensoñada, en los versos de Juan L. Ortiz. Y su actitud como si estuviera de tránsito por la tierra, como si en cada detalle de la tierra hubiera que fijar la tristísima cortesía de los que se despiden por un largo tiempo, quizá para no volver, y fluctúan ya, por eso mismo, entre el presente cargado, urgente, y la oscura, misteriosa delicia del recuerdo.

Treinta y seis poemas que se llevan bien. Tal vez un poco de Mallarmé. Algo más de Francis Jammes. Giros de lenguaje peculiares del autor de "Tierra Amanecida", Carlos Mastronardi. Minucias que apenas rozan la excelente primer obra del poeta verídico, eficaz de toda poesía, que es Juan L. Ortiz. Su colección es demasiado probable que signifique el mejor volumen de este año, un tanto parco en grandezas poéticas. Juan L. Ortiz es convincente, es neto. Prescinde de utilerías. Como lo deseaba Rilke para todo poeta, tiene el amor de las palabras. No ese funesto que consiste en hacerlas caricaturizar la música, mediante la transformación de un verso en un monótono sonajero, sino el que alcanza su profunda, mágica esencia y la revela.

Aunque nuestro gusto particular, nuestras aficiones a la re-lectura, se hayan detenido principalmente en composiciones como "Otoño", "Claridad, Claridad", "Poemas del Anochecer", "Dulzura de la Tarde" y "Primavera lejana" y hayan hecho rápido abandono de "Aquí estoy a tu lado", "Delicias últimas" y "Siesta", creemos firmemente que los treinta y seis poemas de Juan L. Ortiz son dignos de ser leídos, con esa fiel intensidad de alma que reclama la buena obra poética.

El lenguaje, irreprochable; la construcción prieta, plenamente lograda. La armonía exclusivamente interna, trabajada con pasión. Cincuenta y cuatro páginas que señalan un nombre importante a la joven literatura argentina, bajo el simple y hermoso título de "El Agua y la Noche". — U. P. de M.

ARTURO C. SCHIANCA.— Historia de la Música Argentina.

El señor Schianca (Arturo C.) habla con alguna emoción de los archivos que ha interrogado para la composición de este libro, pero no declara que esos archivos son de un carácter tan selecto que rayan en lo mínimo y lo portátil. Casi puede afirmarse que se reducen al "Cancionero bonaerense", de Ventura R. Lynch: citado cuatro veces por él y silenciosamente repetido unas siete u ocho, con una exactitud ejemplar. Ese libro de Lynch, inicialmente publicado el año 1883 y reimpreso más tarde por nuestra Facultad de Filosofía y Letras, es el demonio familiar del señor Arturo C. Schianca, el secreto Angel de su Guarda. Tres cuartas partes de su vida afirma el señor Schianca que ha consagrado a la preparación de su historia, o — sustituyendo por cantidades iguales — a la lectura del folleto de Lynch. Hay casos de lectores con más apuro.

A veces la modestia del historiador busca otros asilos. Su capítulo sobre las danzas españolas recoge descripciones de diccionario — y no de diccionario musical. Otras, copia los párrafos del libro "Nuestra primera música instrumental" del padre Granón, con la debida autorización eclesiástica. Otras se acuerda rápidamente de Juan Alvarez, de Jorge R. Furt o de Gómez Carrillo — siempre con omisión de esos nombres propios. Con todo, sería injusto suponer que esos devaneos logran distraerlo por mucho tiempo de la pasión central: el "Cancionero bonaerense", de Lynch. Algunos juzgarán que es censurable la omisión de comillas, pero en el tutelar folleto de Lynch tampoco figuran, y el señor Schianca es demasiado respetuoso para agregarlas. Además, ese flequillo tipográfico no es tan encantador. Las raras veces que se resuelve a usarlo, sus transcripciones carecen de exactitud.

Sin embargo, sería aventurado suponer que el señor Arturo C. Schianca ha sido excluído totalmente del libro que aparece bajo su nombre. Le corresponden algunas impresiones de bailes y alguna anécdota. Deploro delatar estas infracciones a una modestia que adivino congénita, pero mi probidad de crítico me obliga a tan desagradable denuncia.

Ese ligero ataque de originalidad, casi indecoroso y obsceno en un historiador tan puntual, puede remediarse debidamente en una segunda edición. Sólo se trata de omitir esos párrafos anormales y de reemplazarlos por otros de Don Vicente Rossi o del finado Don Ventura R. Lynch. Los restos disponibles de este último no han de ser muy copiosos, pero la unidad de la obra saldrá ganando. — J. L. B.



Las Brujas

(Antiguos mitos germánicos)

Nunca resolveremos si la creencia de que unas pobres viejas tienen pacto secreto con el diablo y pueden operar maravillas, es una expresión del rencor que suelen inspirar las ancianas menesterosas y feas, o es una cortesía desesperada hacia quienes carecen de todo, ya sea en el orden material, ya en el intelectual. Lo cierto es que la creencia en las brujas es de lo más acreditada y antigua.

Virgilio afirma que las brujas tienen poder para hacer bajar la luna del cielo; Horacio nos describe dos de ellas, recogiendo huesos y plantas en un cementerio de Roma, desgarrando un cordero de lana negra, martirizando y consumiendo una imagen de cera, sepultando en la tierra de los muertos el hocico de un lobo y ejecutando ceremonias mágicas que hacen ensangrentar a la luna.

Alemania es quizá el país donde más brujas se han quemado. En el obispado de Bamberg, unas seiscientas; en el de Wurzburg, novecientas. Uno de los manuales demonológicos de más autoridad era el compuesto por el inquisidor Jakob Sprenger, que iluminó con sus piadosas hogueras la ciudad de Colonia. El libro se titula *Malleus maleficarum* o sea *Martillo de las brujas*, y consta de tres partes: una, casos particulares de brujería; otra, indicios y maneras de descubrirla; otra, las diversas penas del código y las ventajas de la hoguera sobre la horca. Uno de los indicios infalibles que preconiza Sprenger es el denominado *sello satánico*: una señal en forma de sapo que Belcebú solía grabar en los ojos. Previene, sin embargo, que ciertas brujas especialmente hipócritas y dañinas llevan el disimulo hasta el punto de prescindir del sello delator. Añade que las tales son las más perversas de todas y deben ser quemadas acto continuo. Imposible imaginar una equivocación en el P. Sprenger, metódico y honesto investigador que se había documentado en tantas hogueras.